INÉS M. POUSADELA*

**¿PARTICIPACIÓN VS. REPRESENTACIÓN?
LA EXPERIENCIA DE LAS ASAMBLEAS
BARRIALES DE BUENOS AIRES,
2001-2003¹**

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se basa en una serie de entrevistas en profundidad realizadas con participantes y ex participantes del movimiento de protesta política constituido por las asambleas “populares” o “barriales” creadas en Buenos Aires entre fines de 2001 y comienzos de 2002. Los discursos producidos en circunstancias excepcionales tienden a ser profundamente reveladores de las nociones más ordinarias y ampliamente compartidas. El objetivo de este trabajo consiste, pues, en analizar los discursos en torno de la representación y la deliberación política que constituyeron el eje de la experiencia asamblearia, que tuvo lugar en el contexto de una profunda crisis de representación. Más específicamente, pretende analizar el discurso de los asambleístas acerca de las asambleas y sus prácticas; acerca de la representación, la delegación, la

* Docente e investigadora del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad de San Martín; investigadora visitante del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Georgetown.

1 Este trabajo es una versión reducida del texto titulado “Entre la deliberación política y la terapia de grupo. La experiencia de las asambleas barriales-populares”, resultado de una investigación financiada con una beca semi-senior del concurso CLACSO-Asdi sobre Partidos, Movimientos y Alternativas Políticas en América Latina y el Caribe.

participación, los partidos políticos, la democracia representativa y la democracia directa con el objeto de captar las concepciones subyacentes de la representación, sus paradojas, su potencial y sus límites.

¿Qué clase de espacio de participación y deliberación constituyeron las asambleas? ¿Qué posición adoptaron frente a las instituciones de la representación política? ¿Se presentaron a sí mismas, acaso, como un complemento, un correctivo, o una alternativa a sus deficiencias y fracasos? ¿Cuáles fueron las razones de su rápida declinación y que quedó de ellas en el sustrato de la política argentina? Estas son algunas de las preguntas que intentamos responder mediante el análisis del discurso de los miembros y ex miembros de las asambleas, cuya aparición y rápida multiplicación hemos situado en la intersección de dos procesos específicos: el proceso “lento”, de largo plazo y amplio alcance, de *metamorfosis* de la representación, conducente de la antigua democracia de partidos a la actual democracia de audiencia; y el de *crisis* de representación, fenómeno explosivo, acotado en el tiempo y el espacio, y caracterizado por la ausencia de reconocimiento del lazo representativo por parte de los representados.

Nuestro análisis no se basa en una muestra representativa del universo estudiado. Ello se debe, en primer lugar, a la ausencia de un conocimiento cabal de dicho universo, resultante de la fisonomía propia del movimiento asambleario: un movimiento fluido, de bordes imprecisos, con cantidades de participantes altamente fluctuantes en el tiempo y, para cualquier momento dado, estimadas dentro de amplísimos márgenes de error. Las caracterizaciones y clasificaciones disponibles en términos de las variables socioeconómicas y demográficas usuales son, en el mejor de los casos, intuitivas, y en el peor, prejuiciadas. En segundo lugar, aun si hubiera sido posible construir una muestra adecuada al objeto, ella hubiera resultado demasiado extensa para nuestros modestos medios, dada la gran cantidad de variables probablemente relevantes. En consecuencia, nuestro objetivo ha sido el de recopilar una buena cantidad de retazos de discursos de asambleístas y ex asambleístas para analizarlos en el marco de toda la información disponible de fuentes tanto primarias como secundarias. Es por ello que se optó por buscar la mayor diversidad posible entre los sujetos entrevistados; se optó, en otras palabras, por reemplazar la representatividad por la variedad: la muestra por el muestrario. Se realizaron, pues, 37 pormenorizadas entrevistas con 21 hombres y 16 mujeres de edades comprendidas entre los 25 y los 85 años (con la mayor concentración en el rango de los 41-50 años), miembros o ex miembros de numerosas asambleas de la Ciudad de Buenos Aires y de unas pocas del Gran Buenos Aires. El muestrario es variado en términos ocupacionales, ya que incluye a estudiantes universitarios,

docentes, comerciantes, artistas y artesanos, profesionales independientes, empleados públicos, jubilados, desempleados e incluso a un entrevistado que se presenta como “militante”. Es diverso también en lo que se refiere a la experiencia política de los entrevistados con anterioridad a su paso por las asambleas: incluye a algunos que declaran no tener ninguna experiencia previa y que confiesan haber experimentado una suerte de “segundo nacimiento” al salir a la calle “por primera vez en la vida”; a quienes siempre tuvieron “inquietudes políticas” pero cuya participación solía limitarse a la asistencia como “independientes” a manifestaciones, en su mayoría relacionadas con los derechos humanos; a quienes alguna vez fueron “simpatizantes” de algún partido o tuvieron un paso fugaz por alguno de ellos, generalmente de izquierda; a otros que tuvieron en el pasado una participación algo más intensa en algún partido político (en general, nuevamente, pequeños partidos de izquierda) o en su paso por la universidad; a otros que se consideran “militantes de toda la vida” –y que, en efecto, han pertenecido a múltiples organizaciones, aunque en el momento de su ingreso a las asambleas no pertenecieran a ninguna; y, finalmente, a otros que se hallaban políticamente activos hacia diciembre de 2001, en particular en partidos políticos de izquierda. En contraste con la gran mayoría de los trabajos existentes –estudios de casos que abarcan una o, más frecuentemente, dos asambleas en perspectiva comparada–, hemos querido analizar la experiencia que tuvo lugar en un conjunto de asambleas lo más amplio y diverso posible, de modo tal de lograr una caracterización distanciada de la idiosincrasia propia de una geografía determinada, o de la constelación de circunstancias que dio origen y confirió sus rasgos específicos a tal o cual asamblea particular. La mayor parte de las asambleas mencionadas ya no existen; algunas, sin embargo, siguen funcionando. Veintidós de nuestros entrevistados seguían participando en ellas a la fecha de las entrevistas, mientras que quince ya no lo hacían. Entre estos últimos, algunos se habían retirado cuando sus asambleas aún existían, ya sea porque éstas habían perdido su dinamismo y estaban en vías de extinción, o porque las expectativas que habían depositado en ellas se habían visto defraudadas por una u otra razón (diferencias de objetivos, rupturas, intentos de cooptación, ineficacia, etc.); otros, en cambio, habían dejado de participar ante la desaparición de sus respectivas asambleas.

El hecho de que nuestras entrevistas fueran realizadas en el curso del año 2005 impone una aclaración adicional. El tiempo transcurrido entre los hechos narrados y la narración de los hechos presenta tanto ventajas como desventajas; hemos intentado capitalizar los beneficios de la mirada retrospectiva sobre procesos ya concluidos sin padecer las desventajas que supone la intervención de la memoria, tales como la

aparición de distorsiones producto del olvido y de la “contaminación” con informaciones obtenidas con posterioridad a los tiempos evocados, así como del reacomodamiento retrospectivo resultante del conocimiento del desenlace de los procesos descriptos. Allí donde lo hemos juzgado necesario, hemos cotejado las informaciones brindadas por los entrevistados con datos procedentes de otras fuentes. No obstante, en el centro de nuestra atención se encuentran las ideas de los entrevistados acerca de la representación política y sus interpretaciones acerca de los procesos vividos más que la exactitud empírica de sus recuerdos.

En las páginas que siguen ofrecemos una reconstrucción del contexto de crisis de representación de octubre-diciembre de 2001 sobre la base de fuentes periodísticas y oficiales, material académico y testimonios de los entrevistados. En el apartado siguiente nos ocupamos del surgimiento del fenómeno asambleario, para luego analizar el discurso de los asambleístas en torno de una serie de cuestiones que resultan reveladoras de las diversas visiones acerca de la representación y de la profundidad de su crisis. Analizamos allí, en primer lugar, sus diferentes interpretaciones del grito de batalla de la protesta de diciembre de 2001, “Que se vayan todos”; a continuación, sus análisis de las relaciones que sus respectivas asambleas mantuvieron con las instancias representativas; y, finalmente, sus descripciones e interpretaciones de los procesos de deliberación y toma de decisiones que tuvieron lugar en el seno de las asambleas, así como del eventual surgimiento en ellas de liderazgos e instancias de delegación.

LA REPRESENTACIÓN EN CRISIS. DEL ESTALLIDO ELECTORAL A LA MOVILIZACIÓN CALLEJERA.

Primero fue el estallido electoral. No es casual que el descontento se expresara ante el fracaso de la Alianza UCR-Frepaso. El gobierno aliancista inaugurado en 1999 no solamente había resultado particularmente inepto y falto de imaginación: era también, para la mirada ciudadana de entonces, la única apuesta que quedaba por intentar luego de un gobierno radical (1983-1989) truncado por la hiperinflación y de un gobierno peronista (1989-1999) que había dejado una herencia de pobreza, desempleo y corrupción.

Para la fecha de las elecciones legislativas de 2001 el fracaso de la Alianza era evidente en todos los frentes: no solamente allí donde había prometido poco y nada sino también en torno de cuestiones que constituían el núcleo de su identidad y cuyo abordaje dependía ante todo de la voluntad política y no de los recursos económicos. Entre ellas se hallaba la de la corrupción, que la Alianza había colocado en el centro de la campaña presidencial de 1999. Menos de un año después de su triunfo electoral había estallado un escándalo a raíz de la denuncia de

presuntos sobornos recibidos en el Senado Nacional a cambio de la aprobación de una ley clave para el gobierno aliancista; había quedado entonces en evidencia la falta de disposición presidencial a investigar los hechos, razón por la cual el vicepresidente –también presidente de la cámara cuestionada– había renunciado, quebrando la coalición gobernante a fines del 2000. La actitud del gobierno había revelado ante la mirada pública la existencia de una “clase política” en el sentido fuerte de la palabra, es decir, de “una casta que se recicla permanentemente”, que involucra a “todo el arco político” (Hombre, 57 años, comerciante, Asamblea Popular de Pompeya, con experiencia política previa), y que constituye la base de un “sistema” que “funciona mal”, es decir, “ajeno a su función específica”. Los políticos, en particular los del ámbito legislativo, eran entonces percibidos como representantes incapaces de representar desde el momento en que “funcionan ajenos a nosotros, a la opinión de los ciudadanos, y no cumplen con la finalidad básica que es el bien común. Son un círculo con el objetivo de sostenimiento y el incremento de su mismo poder” (Mujer, 60 años, psicóloga, Vecinos Indignados de Vicente López, sin experiencia política previa). Más que de los resultados del proceso judicial, la relevancia del escándalo de los sobornos provino de su verosimilitud a los ojos de la opinión pública. En ese sentido, constituyó un momento de fulgurante visibilidad en el cual se hizo evidente la brecha entre la literalidad de la idea de la democracia como “gobierno del pueblo” y su realidad empírica como “gobierno de los políticos” –políticos que, por añadidura, resultaban ser “todos iguales”: igualmente “corruptos”, “ladrones” y “delincuentes”, según los epítetos más frecuentes. De ahí al abierto estallido de la crisis, sólo faltaba que se abriera una ventana de oportunidad.

Ello sucedió en ocasión de las elecciones de renovación legislativa de octubre de 2001, apenas veinticuatro meses después de aquellos comicios de 1999 signados por el módico optimismo que despertaba el fin de la década menemista. ¿Cómo se inició la protesta? Los argumentos del tipo “construcción de un contencioso” son efectistas pero ineficaces. Son, en efecto, numerosas las explicaciones que funcionan sobre la base del supuesto de que la acumulación de “datos objetivos” alcanza para dar cuenta de la movilización política y social. Bien sabemos, sin embargo –por lo menos desde la formulación de la explicación de Tocqueville acerca de la erupción de la revolución en Francia– que no hay dato objetivo que alcance si no es por la intermediación de los imaginarios y la construcción de las subjetividades. La abrupta caída del PBI, los efectos de las sucesivas políticas de ajuste –que habían alcanzado el paroxismo en julio de ese año electoral– y las cifras astronómicas del desempleo y la pobreza nada “dicen” por sí mismos. Según datos oficiales, en octubre de 2001 la desocupación era del 18,3%, mientras

que la subocupación alcanzaba el 16,4%. Dieciséis de los 36 millones de habitantes de la Argentina se hallaban bajo la línea de pobreza y más de cinco millones habían caído por debajo de la línea de indigencia. Ahora bien, ¿por qué la explosión habría de ocurrir cuando la desocupación tocara, digamos, el 20%? ¿Por qué no antes; por qué no después?

La clave debe buscarse en la forma en que la ciudadanía procesa los datos duros de la realidad, tales como las cifras del riesgo-país o las informaciones sobre el desempleo y la pobreza. A lo largo del año 2001 las cifras de riesgo-país habían ido aumentando constantemente. Durante algún tiempo el gobierno intentó evitar que el número superara la línea que separaba la atracción de inversiones de la fuga de capitales. Para el momento en que la calificación superó el umbral de lo significativo, la cifra en constante movimiento había pasado a formar parte del conjunto de datos elementales que todo ciudadano debía conocer para salir a la calle, como si se tratara del pronóstico del tiempo, mientras que apenas unos meses antes sólo los expertos habían sabido de su existencia. La crisis era entonces palpable en la sensación de que las variables macro tenían efectos directos e inmediatos sobre la vida cotidiana de cada cual; de que las noticias que traía el periódico cada mañana podían suponer un vuelco en el destino individual, el cual se hallaba por consiguiente en manos ajenas e incontrolables. En lo que se refiere a los datos del desempleo y la pobreza, por su parte, lo que estaba en juego era la imagen que los argentinos se habían construido de sí mismos, que se despedazaba ante la constatación de que había personas hambrientas en el “granero del mundo”. La televisión mostraba imágenes de niños hambrientos en las provincias del norte; Argentina empezó a recibir cargamentos de ayuda de los mismos países europeos cuyos emigrantes habían poblado su territorio un siglo atrás; las páginas de Internet difundían entre los prósperos europeos la idea de apadrinar a un niño argentino para que pudiera comer e ir a la escuela. Fue entonces cuando los argentinos cayeron en la cuenta de que no eran todo lo “europeos” que habían creído ser: no solamente Argentina era parte de América Latina sino que atravesaba por situaciones que su clase media creía que sólo sucedían en África. Era, en suma, la imagen que los argentinos tenían de sí mismos y de su futuro –que de pronto parecía haberse truncado– lo que había cambiado. El estado de ánimo colectivo había saltado de la euforia exaltada de los años noventa a la lisa y llana autodenigración. Muy pronto ese sentimiento recibió una nueva traducción fotográfica en la imagen de centenares de personas que se alineaban a las puertas de los consulados español e italiano para tramitar el pasaporte que prometía un nuevo comienzo. El hecho de que no pocos argentinos dejaran el país en condiciones precarias traducía la sensación reinante de que en ningún lado se podía estar peor.

Desde varios meses antes de las elecciones, el rechazo que habría de expresarse electoralmente –y luego en forma extraelectoral e incluso extrainstitucional– se respiraba en las calles, así como en el espacio virtual de la *web* devenido foro de expresión y de comunicación entre ciudadanos. Abundaban las muestras de descontento con la oferta política: las mismas viejas caras de siempre, los mismos senadores sospechados de haber cobrado sobornos a cambio de la aprobación de una ley, los desconocidos de siempre que ocupaban bancas en el Congreso Nacional gracias a las ventajas de las “listas sábanas” que nadie parecía verdaderamente dispuesto a suprimir; en fin, los mismos políticos que desde hacía años participaban, sin distinción de colores partidarios, en un toma y daca que resultaba en el desvío de cuantiosos fondos públicos y en el desvirtuamiento de su misión en tanto que representantes del pueblo. En ese contexto, se multiplicaban las apelaciones –procedentes de “ciudadanos comunes” en forma individual o en asociaciones *ad hoc*– a votar en blanco, a anular el voto mediante el uso de boletas “caseras” en lugar de las oficiales, de modo tal de “votar” por personajes de ficción o por respetables figuras históricas, o mediante la colocación dentro del sobre de mensajes críticos o insultantes hacia los políticos o de cualquier otra clase de objeto que pudiera ser utilizado para expresar enojo e insatisfacción. Otros tantos se negaban a convalidar la falta de opciones mediante el recurso a la abstención: los autodenominados “Kilómetro 501”, por ejemplo, proponían burlar a las autoridades realizando excursiones colectivas que, en el domingo electoral, condujeran a los votantes a más de quinientos kilómetros de su lugar de votación, eximiéndolos legalmente de su deber electoral.

Los resultados de la elección se colocaron en línea con ese clima de opinión. El conjunto de quienes no concurrieron a votar y de quienes emitieron alguna forma de voto “negativo” (nulo o en blanco) alcanzó cifras superiores al 40% de los votantes habilitados, un porcentaje que superó ampliamente a la suma de los votos recibidos por los dos mayores partidos políticos. Con enormes variaciones entre distritos, la abstención alcanzó a nivel nacional la cifra inédita del 24,58% del padrón. Los votos nulos y en blanco sumaron 23,99% de los sufragios emitidos para la categoría diputados nacionales (13,23% y 10,76%, respectivamente). Estas modalidades de comportamiento electoral –más acentuadas en los sectores urbanos y de mayor nivel socioeconómico o educativo– no fueron una expresión de apatía o indiferencia sino que tuvieron –en particular la primera– un carácter activo e incluso militante. La avalancha de votos anulados fue en verdad un hecho novedoso. A lo largo del ciclo democrático iniciado en 1983, el voto en blanco había seguido una trayectoria lentamente ascendente; lo mismo había ocurrido con la abstención, pese al carácter obligatorio del voto. Hasta el

2001, sin embargo, las encuestas mostraban que las razones dominantes de la abstención eran la falta de interés y de tiempo para informarse más que el rechazo liso y llano de la política debido a su identificación con la corrupción (Ferreira Rubio, 1998). No se trataba, todavía, de un panorama de crisis de representación, sino de la situación normal (aunque ciertamente precaria y volátil) del vínculo representativo en el marco del formato de representación que se había instalado progresivamente desde las elecciones inaugurales de 1983 (Pousadela 2004, 2005). La transición desde la “democracia de partidos” hacia la “democracia de audiencia” –a la que, junto con Bernard Manin (1992, 1998), denominamos “metamorfosis de la representación”– supone en efecto una serie de transformaciones. Entre ellas se cuentan la personalización de los liderazgos políticos, la transformación de los partidos en maquinarias políticas desideologizadas, la declinación de la importancia de los programas partidarios, el ascenso de los medios de comunicación –y de la televisión en particular– como escena de producción de acontecimientos políticos, la consiguiente preponderancia de la imagen por sobre el debate de ideas, la declinación de los electorados cautivos, y la fluctuación de las preferencias políticas de la ciudadanía, cuya lealtad ya nadie puede dar por descontada. Fue ese escenario de apática normalidad el que resultó sacudido por el comportamiento electoral de la ciudadanía en octubre de 2001.

Mientras que las cifras de los comicios y los datos arrojados por las encuestas a lo largo de los veinte años precedentes se ajustaban a lo esperable en el contexto de la democracia de audiencia, los sucesos de octubre de 2001 y los acontecimientos subsiguientes constituyeron, en cambio, un fenómeno cualitativamente diferente: una auténtica crisis de representación. Quedaron, pues, colocados en primer plano el cuestionamiento del lazo representativo y de los mecanismos que, presumiblemente, tornan a los representantes “desleales” hacia sus representados desde el instante mismo en que se convierten en tales; la denuncia de una “clase política” indiferenciada en su composición y con intereses corporativos más poderosos que los de sus representados; y la búsqueda de alternativas a la viciada relación entre representados y representantes.

Dos meses después del cataclismo electoral se produjo el estallido extraelectoral. El proceso se precipitó desde comienzos de diciembre, cuando se volvió evidente la incapacidad del gobierno nacional para hacer frente a los vencimientos de fin de año de los servicios de la deuda pública. La negativa del FMI a desbloquear un nuevo préstamo para asegurar los gastos mínimos del Estado y el pago de los vencimientos de fin de año provocó entonces una fuerte fuga de capitales. El 3 de diciembre el gobierno promulgó un decreto que limitaba drásticamente las posibilidades de retiro de fondos en efectivo de los bancos, medida

que fue rápidamente bautizada como “corralito financiero”. Un mes más tarde la paridad entre el peso y el dólar sobre la que se había basado la estabilidad de la economía durante una década había pasado a la historia, y los fondos atrapados en los bancos habían sufrido una brutal devaluación. Entretanto, miles de millones de dólares, mayormente en manos de grandes empresas, se habían fugado al exterior. Al mismo tiempo se extendían por varias provincias las huelgas de empleados públicos en reclamo del pago de salarios atrasados, convergiendo con las manifestaciones de los movimientos de trabajadores desocupados, que llevaban ya largo tiempo haciéndose notar mediante piquetes y cortes de rutas. El 12 de diciembre se produjo en la Capital Federal el primer “cacerolazo” protagonizado por ciudadanos de clase media en protesta por el congelamiento de las cuentas bancarias. Al día siguiente fue el turno de la huelga general convocada por las tres confederaciones sindicales: las dos CGT (Confederación General del Trabajo), oficial y disidente, y la CTA (Central de Trabajadores Argentinos). En la misma semana se llevó a cabo la consulta nacional organizada por el Frente Nacional contra la Pobreza, una alianza de la CTA y algunos partidos de centroizquierda e izquierda. Sus resultados superaron los pronósticos más optimistas de sus organizadores: tres millones de personas tomaron posición a favor de la propuesta de un seguro universal de desempleo. El día 14 se produjeron saqueos en dos grandes ciudades del interior; Rosario y Mendoza, extendiéndose gradualmente al resto de los distritos y llegando tres días más tarde al Gran Buenos Aires, donde el clima de confusión fue alimentado por la intervención provocadora del aparato justicialista. Dos días después, el 19 de diciembre, los saqueos y enfrentamientos con la policía en el Gran Buenos Aires causaron las primeras muertes –algunas, a manos de comerciantes que buscaban defender sus negocios; muchas otras por obra de la represión policial. Se produjeron en diversos puntos del país huelgas y manifestaciones de asalariados, en especial del sector público, que apuntaban no solamente contra el gobierno federal sino también contra los gobiernos provinciales y municipales, en su mayor parte de signo justicialista. En algunos distritos tuvieron lugar combates callejeros particularmente violentos. Son varios los entrevistados que afirman haber tenido ese día la sensación de que la situación había “explotado”, lo cual los hacía “responsables” de lo que ocurriera a continuación. La idea dominante era –en palabras de una ex asambleísta de Lanús– que “se terminó todo, nos tenemos que hacer cargo” (Mujer, 26 años, sin experiencia política previa). Esa misma noche el presidente De la Rúa pronunció un discurso por cadena nacional denunciando a los “enemigos del orden y de la República”, amenazando con reprimir, declarando el estado de sitio y convocando –demasiado tarde– a la “unión nacional” con la oposición.

Los cacerolazos de protesta comenzaron en Buenos Aires cuando el presidente aún estaba leyendo su discurso, al que muchos de nuestros entrevistados describen como “patético” y “autista”. Terminada la alocución, los manifestantes comenzaron a converger espontáneamente, cacerola en mano, hacia la Plaza de Mayo, en abierto y explícito desafío al recién declarado estado de sitio. Este elemento específico es destacado por la mayoría de los entrevistados, que conceden una importancia comparativamente menor, en tanto que explicación de la movilización, a la confiscación de los depósitos y a la existencia de una conspiración para “voltear” a De la Rúa.

El estado de sitio es identificado por los asambleístas como “el símbolo jurídico de las dictaduras militares” y como “un recuerdo de otras épocas”. Su implantación “tuvo un peso decisivo como gatillo para que la gente respondiera” (Hombre, 50 años, militante de izquierda). Esta respuesta es interpretada como el resultado de “tantos años de militancia de los organismos de derechos humanos [que] han dejado una huella indeleble, creo que en el cerebro, o en algún lugar del inconsciente colectivo” (Mujer, 38 años, integrante del Foro Social de la Ciudad de Buenos Aires, con experiencia político-partidaria). El desafío al estado de sitio marca, en ese sentido, el “cierre de una etapa histórica que comenzó cuando se abrió la dictadura el 24 de marzo de 1976”. Fue precisamente ese desafío el que hizo posible también la resignificación y la reapropiación de los símbolos que habían sido capturados por los militares: así, por ejemplo, explica un entrevistado que “a mí no me gusta cantar el himno argentino, nunca, y creo que esa noche lo canté, porque era otro contexto” (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, ex exiliado).

En todo caso, la mayoría de nuestros asambleístas coincide en que los ruidos de las cacerolas comenzaron precisamente en el momento en que fue anunciado el estado de sitio. Pocas horas más tarde, ya en la Plaza de Mayo, comenzaría a sonar el reclamo, aún incompleto, que daría su especificidad a la protesta: “que se vayan”. A la una de la mañana del 20 de diciembre se concretó la reclamada renuncia del ministro de Economía. Seis horas después era el presidente de la Nación quien se retiraba en helicóptero desde la terraza de la Casa Rosada luego de firmar su propia renuncia. Por primera vez en la historia, un gobierno surgido de elecciones libres era derribado no por un golpe militar sino por el rechazo popular manifestado en las calles. Fue, según un asambleísta que califica de “febril” a la jornada, “una situación inédita, [porque] parecía que la gente estaba echando a un Presidente” (Hombre, 32 años, Asamblea Gastón Riva, fotógrafo con escasa experiencia política previa).

El grueso de la literatura dedicada al análisis de esas jornadas las describe en tono épico, como un momento de ruptura a partir del cual

ya nada volvería a ser como era antes. Bajo esa misma luz ellas son pensadas también por muchos de sus protagonistas. Si bien no todos nuestros entrevistados salieron a la calle el 19 por la noche, los que sí lo hicieron describen su salida nocturna como un momento “maravilloso” o “extraordinario” a la vez que describen a los acontecimientos de esos días como la culminación de un “gran proceso social”, un “momento de ruptura” y “una bisagra en la historia argentina”. Sin embargo, mientras que algunos intentan capturar su sentido mediante el vocabulario clásico de la lucha de clases o por analogía con otros procesos históricos, muchos otros destacan la absoluta novedad del fenómeno.

En el rubro de lo novedoso es repetidamente destacada la participación de personas que nunca lo habían hecho antes, y que se hallaban “adormecidas” ya sea por los efectos de la represión de los setenta, ya por los beneficios de la estabilidad económica de los noventa. “A mí me hizo acordar un poco a la película *Despertares*”, apunta en ese sentido una ex asambleísta de Flores. “[Había] una parálisis absoluta, una inercia [...] y de golpe salió gente a la calle que [...] no creo vuelva a salir ni aunque su equipo de fútbol salga campeón, básicamente” (Mujer, 38 años, con experiencia político-partidaria). Entre quienes salieron entonces por primera vez se hallaba un futuro integrante de la Asamblea de Castro Barros y Rivadavia que afirma reconocerse como parte “de la clase social favorecida por el menemismo” [de modo que, aunque “veía que las cosas no estaban bien”, no reaccionó antes porque “a mí no me tocaba”]. “Lo que me pasó el 19 y 20 de diciembre”, dice, es que “perdí la inocencia” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas).

También original fue el hecho de que la lógica de la representación –abiertamente cuestionada– fuera temporariamente suplantada por la “lógica de la expresión” (Colectivo Situaciones, 2002:15). La movilización del 19 de diciembre es, en efecto, capturada mayoritariamente mediante la figura del “estallido” o la “explosión”; así, el estado de sitio es señalado como la ventana de oportunidad que permitió dar libre cauce a la expresión del hartazgo, la angustia, el miedo o la furia, entre otros sentimientos nombrados por los entrevistados. De lo que se trataba era de “salir a las calles y protestar y hacer una catarsis. De repente algo que parecía muy trágico se tornaba carnavalesco, divertido” (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo, autodefinida como “independiente”). Agrega otro miembro de la misma asamblea: “Eran miles y miles de personas en las calles, desafiando el estado de sitio que había proclamado De la Rúa, sin saber muy bien a qué se salía [...] Había una sensación de ‘queremos más’, no se sabía muy bien qué” (Hombre, 49 años, periodista, con experiencia política en los setenta y ochenta).

Junto con la naturaleza predominantemente expresiva de la manifestación es sistemáticamente destacado su carácter espontáneo,

autoconvocado e inesperado. “Fue una cadena casi sin origen”, escribe el sociólogo Horacio González. “Nadie podía decir ‘yo inicié esto’, y en el Bar Británico, días después, se discutía: ‘yo te ví a vos y empecé’” (Colectivo Situaciones 2002: 48). Reflexiona del mismo modo un asambleísta de Flores: “yo decía: ‘¿Quién será el primero que golpea?. Como en la cancha, ¿quién empieza con el cantito? Hay uno que es primero, quizás un día se cayó la tapa de una cacerola y empezaron’”. Tan espontáneos fueron los cacerolazos que, en esos días, “nadie sabía cuando venía el próximo”, destaca otro asambleísta (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, con experiencia política).

El acto de desafío que fue la excursión nocturna del 19 de diciembre fue también la celebración de una sorpresa: los protagonistas eran ganados por la sensación de estar protagonizando un hecho histórico, de haber sido arrastrados por un inesperado proceso colectivo que, al tiempo que los guiaba, los convertía en actores. “Yo estaba más sorprendido, más anonadado [...] y me emocionaba [...] [al] pasar por los barrios y ver que la gente salía a los balcones, [era] un momento de comunión”, explica un integrante de la Asamblea Gastón Riva que dice haber tenido en ese preciso instante la “sensación de estar viviendo un momento histórico, y estar *haciendo* un momento histórico” (Hombre, 32 años, fotógrafo, experiencia previa limitada a la asistencia a manifestaciones). Un ex asambleísta de Pedro Goyena y Puán, por su parte, lo expresa del modo siguiente:

Es muy raro ser conciente en el mismo día de estar viviendo algo histórico. [...] Sentíamos que por fin estaba pasando algo. [...] Esa efervescencia, esa idea de que la vida tenía un sentido[...] También [teníamos] la incertidumbre de qué iba a pasar. Y estar atentos a no perdernos nada (Hombre, 43 años, artista plástico, fotógrafo y profesor universitario, sin experiencia política previa).

Los mismos individuos que, en su rol de audiencia, habían pasado largas horas siguiendo la evolución de los acontecimientos por televisión, los mismos que se habían agolpado frente a sus pantallas para mirar la última aparición pública del presidente declarando el estado de sitio y que luego –todavía en carácter de espectadores– se habían asomado a sus ventanas y balcones a escuchar y a mirar lo que pasaba afuera, se convirtieron en actores en el momento en que, sin saber muy bien porqué –o acaso sabiéndolo pero desconociendo si sus motivaciones se compadecían con las de cada uno de los demás– corrieron a sus cocinas a buscar ollas, sartenes y cucharones para golpear desde sus ventanas. Esos individuos se incorporaron a la multitud en el momento en que, al ver que sus vecinos –gentes a la que, como recalcan numerosos entrevistados, nunca antes habían dirigido la palabra– comenzaban

a agolparse con sus respectivas cacerolas en sus respectivas puertas, bajaron también a hacer ruido primero desde sus umbrales, luego ya en las esquinas, más tarde en alguna intersección emblemática o en la plaza más importante del barrio, y un poco más tarde, tal vez, en el trayecto hacia la Plaza de Mayo o hacia la residencia presidencial de Olivos o el domicilio del renunciado Ministro de Economía. “La gente iba así, individualmente, casi... sin un movimiento colectivo”, relata un ex asambleísta de Palermo Viejo (Hombre, 65 años, empleado público, sin militancia previa). Atrás quedaban los televisores encendidos, en una soledad no premeditada que se prolongaría durante horas, incluso durante toda la noche. La indumentaria de sus propietarios, la compañía de niños pequeños y cochecitos de bebés que ahora se desplazaban en grupos por las calles de la ciudad, eran un signo más del carácter no planificado de la partida. Los partidos políticos estaban ausentes; sólo se veían banderas argentinas. Recuerda otro integrante de la misma asamblea que “había más personas que pancartas, las pancartas estaban atrás de las personas y no las personas atrás de las pancartas” (Hombre, 48 años, desempleado y estudiante, breve experiencia política previa). “La gente no gritaba consignas políticas, no era lo habitual...”, ratifica otro asambleísta de Palermo (Hombre, 49 años, periodista, con nutrida experiencia política).

Los participantes de ese día –rememora otra ex integrante de la misma asamblea– eran “gente desorganizada, eran vecinos que apenas nos reconocíamos” (Mujer, 44 años, artesana). Los entrevistados que tienden a identificarse como “ciudadanos comunes” son los que con mayor naturalidad dan por sentado el carácter espontáneo de los acontecimientos; aquellos que tienen mayor experiencia militante, en cambio, lo tematizan y llegan a ponerlo en duda. Reconocen, ciertamente, haber sido sorprendidos por el primer cacerolazo; algunos dicen haberse ido a dormir después de escuchar el discurso del presidente, o haber estado en ese momento en un brindis de fin de año, encontrándose sin saber qué hacer. “Había gente que no estaba segura de que hubiera que ir. [...] La militancia estaba como más desconcertada”, recuerda uno de ellos. “Nosotros los militantes llegamos después que la gente... o sea, que la primer gente, digamos, sin organización previa”. Pero –afirman– poco más tarde esa misma noche comenzó a “operar” la militancia, proveyendo alguna forma de organización. Otros, en cambio, simplemente se resisten a creer que fuera posible semejante manifestación colectiva sin una dirección política. Afirma un militante de izquierda: “Tengo dudas, por mi forma de ver la política, de que las movilizaciones del 19 hayan sido sólo fruto de la espontaneidad. [...] Me cuesta convencerme de esto, de que no haya habido alguien con la visión política como para convocar la movilización” (Hombre, 50 años). Estas dudas

se hacen visibles en las vacilaciones del lenguaje; una asambleísta de la Multisectorial de San Cristóbal, por ejemplo, habla de la llegada de las “columnas” de manifestantes a la plaza para luego corregirse: “digo, no, no estaba organizado en columnas, veníamos así, se iba sumando la gente, la gente iba bajando” (Mujer, 31 años, maestra).

Durante las jornadas de protesta se produjo una suspensión temporaria de las identidades sociales previas (Giarraca, 2003). Nuestros entrevistados se refieren a ella mediante la descripción del suceso como una “fiesta” o un “carnaval”, una vorágine en la cual “no tenías conciencia del tiempo, [ni de] dónde estabas” (Hombre, 29 años, estudiante, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). Fue así como pudo establecerse, bajo un mismo lema, una larga cadena equivalencial entre reclamos extremadamente diversos, entre los cuales destacaban el repudio de un modelo de crecimiento económico basado en la exclusión y el rechazo de un sistema político ineficiente, ineficaz y corrupto. El *slogan* “que se vayan todos” que comenzó a articularse en esas jornadas englobó cuanta queja o demanda hubiera insatisfecha y requiriera del señalamiento de un responsable.

En contraste con el “clima exultante” del 19, el 20 de diciembre la Plaza de Mayo se convirtió en un campo de batalla y en una fortaleza que unos pretendían ocupar y otros desalojar. “Del espontaneísmo y la cosa más familiar del 19”, afirma un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores, “se pasó al 20 donde ya había una acción más de grupos mínimamente politizados, pero politizados. Había gente suelta, había tipos de traje tirando baldosas, enardecidos. Pero era muy fuerte [la presencia] de grupos politizados, sin banderas” (Hombre, 33 años, militante partidario). “Veías los cuatro o cinco [conocidos], las Madres [de Plaza de Mayo], los pañuelitos... pero después no estaba el activismo que uno conoce, el activismo de mi generación”, afirma un asambleísta de Parque Patricios.

El que enfrentó claramente a la cana fue otro activismo [...] La izquierda sí estaba, pero estaba fuera del *quilombo* [...] La izquierda no enfrentó [a la policía]. Y yo sí vi cómo enfrentó otra gente. [...] Los motoqueros [...] El movimiento piquetero no partidario. [...] Era una rebelión en la que se incorporaron básicamente, para mí, jóvenes desclasados. [...] Fue una rebelión popular pero básicamente *una rebelión sin dirección* (Hombre, 54 años, encuestador, con experiencia militante desde los setenta).

La jornada puso en escena una violencia “desreglada”, de una intensidad cuyos antecedentes no se encuentran en las acciones guerrilleras de los años setenta sino “en las canchas de fútbol y en los recitales de rock en los barrios” (Colectivo Situaciones, 2002:63), así como –tal

como lo reconocen varios entrevistados– en las luchas piqueteras y en “puebladas” como las de Santiago del Estero (1993), Cutral-Có, Plaza Huincul (1996) y Corrientes (1999), a partir de las cuales se había ido constituyendo un repertorio de acción colectiva que era ahora resignificado en la Plaza de Mayo. El saldo final de esta experiencia fue de 35 muertos, 439 heridos y 3273 detenidos.

Pese a los intentos de diversos partidos políticos de izquierda por liderarlos, los acontecimientos de los días 19 y 20 de diciembre no tuvieron un autor –alguien que los convocara, los guiara, los dirigiera; alguien que, en suma, los tuviera bajo su control. “Los principales dirigentes de los partidos [de izquierda] estaban como yo tomando mate en la casa y escucharon ruidos”, ilustra un entrevistado. Sin embargo, por efecto de la activación del clivaje “gente común vs. clase política” y de la consiguiente división del espacio social en dos campos antagónicos, los acontecimientos produjeron un sujeto. Un sujeto de una amplitud y una indefinición sin precedentes, ya que alrededor de una tercera parte de la población de la ciudad de Buenos Aires y la zona del conurbano participó de los cacerolazos y/o de las asambleas subsiguientes.

A continuación de la renuncia del presidente, luego de las sucesivas dimisiones de quienes le seguían en la cadena sucesoria y tras dos días de intensas negociaciones, la Asamblea Legislativa nombró como presidente interino al gobernador peronista de San Luis, Adolfo Rodríguez Saá, otorgándole el mandato para gobernar el país hasta la celebración de nuevas elecciones el 3 de marzo de 2002. El 23 de diciembre asumía eufórico el nuevo presidente, anunciando ante la Asamblea Legislativa la suspensión de pagos por la deuda externa y la consiguiente caída del país en *default* (recibiendo vítores y aplausos de su audiencia de diputados y senadores nacionales) y prometiendo la creación de un millón de nuevos empleos en un mes, el mantenimiento de la paridad peso-dólar junto con la creación de una “tercera moneda” nacional (que era, en verdad, una devaluación encubierta), el fin del “corralito” que mantenía atrapados los depósitos de los ahorristas y la realización de la postergada “revolución productiva” anunciada en 1989 por Carlos Menem. Una vez sentado en su puesto, Rodríguez Saá manifestó de inmediato su intención –contraria al mandato otorgado por la Asamblea Legislativa– de permanecer allí hasta completar el período trunco de la Alianza –es decir, hasta el 10 de diciembre de 2003. Las manifestaciones de descontento contra el gobierno nacional se reiniciaron ante el anuncio –contrario a la promesa realizada escasos días atrás– del mantenimiento del corralito y ante la designación cuestionados ex integrantes del gobierno de Menem en importantes puestos en el nuevo gobierno. En ese contexto, los gobernadores justicialistas pronto retiraron su apoyo al nuevo presidente, que en la víspera de Año Nuevo acabó por presen-

tar su renuncia. En el curso de la protesta contra Rodríguez Saá el grito de “que se vayan” se transformó en el ya clásico “que se vayan todos” –al que se agregó, además, la precisión de “que no quede ni uno solo”. Del cuestionamiento generalizado no se libraron ni los sindicalistas ni los jueces. Lo que este cacerolazo puso en evidencia fue la debilidad que aqueja a los gobiernos –y a las figuras públicas en general– una vez que quedan colocados bajo los reflectores vigilantes de una ciudadanía inusualmente alerta que ya ha ensayado con éxito la revocación de hecho del mandato de sus gobernantes y que está lista para volver a hacerlo ante la menor provocación.

El 2 de enero de 2002 la Asamblea Legislativa designó presidente a Eduardo Duhalde, ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, poderoso jefe del aparato justicialista de ese distrito y, paradójicamente, candidato presidencial justicialista en 1999, derrotado en esa oportunidad por Fernando De la Rúa, cuyo mandato era ahora llamado a completar². En ese momento –nos recuerda un entrevistado– “se hizo un cacerolazo que no fue tan comentado por los medios, era un feriado, no se plegó tanto... No tuvo tanta repercusión, pero yo pasé cerca del Congreso cuando se estaba votando y se escuchaban las cacerolas. Era una cargada, nombrarlo a él que venía del PJ, de toda esa mafia, que había estado con Menem, que había perdido con De la Rúa” (Hombre, 29 años, sociólogo, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa).

En el proceso que condujo de la renuncia de De la Rúa hasta la relativa estabilización de un gobierno sustituto alrededor de abril de 2002 se sucedieron cinco presidentes y seis ministros de Economía. Durante esos meses se produjeron toda clase de conflictos: a las huelgas y los conflictos derivados de la pobreza, el desempleo y el hambre –piquetes, cortes de ruta, saqueos y pedidos de alimentos– se sumaron las protestas de la clase media atacada y empobrecida que comprobó su capacidad de veto mediante el recurso a los cacerolazos y, secundariamente, mediante ataques verbales y a veces físicos a los políticos, identificados como los más prominentes responsables de la situación. Eran “días tan intensos... se cambiaban los presidentes todo el tiempo”, recuerda un entrevistado. “En cada cambio se iba a la Plaza, había que salir para presionar porque lo que se pedía en ese momento era una asamblea constituyente” (Hombre, 43 años, artista y profesor universitario, ex Asamblea de Pedro Goyena y Puán, sin experiencia política previa).

2 Efectivamente, la Asamblea Legislativa confió la presidencia a Eduardo Duhalde hasta fines de 2003, para que terminara el mandato inconcluso de De la Rúa. Sin embargo, en junio de 2002, luego de la represión policial que terminó con dos jóvenes piqueteros muertos en Avellaneda, Duhalde se vio obligado a recortar su mandato llamando a elecciones anticipadas para el mes de abril de 2003.

EL MOVIMIENTO ASAMBLEARIO COMO RESPUESTA Y CATALIZADOR DE LA CRISIS

El producto más novedoso y duradero de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 fueron las asambleas populares, barriales y vecinales³. Las asambleas fueron el subproducto organizativo del espontaneísmo de las jornadas de protesta y en su origen se encuentra la experiencia del poder. Son, en efecto, numerosos los asambleístas que localizan el inicio de su participación en esa novedosa sensación de que “se podía formar algo para actuar políticamente, para transformar algo”:

No era nada claro, ni toma del poder, ni formar un partido, no era nada de eso... Sabía que no tenía una meta clara de qué se podía lograr con todo eso, sí que se podía participar de alguna forma, y generar un poder que podía cambiar las cosas. En ese momento uno se sentía con mucho poder, porque había tumbado dos presidentes, teníamos en jaque a otro. A la Corte Suprema, también (Hombre, 29 años, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa).

El poder es aquí entendido al modo arendtiano, como aquello que cobra existencia cuando las personas se reúnen mediante el discurso y la acción, es decir, cuando actúan de común acuerdo. Las asambleas –afirma una ex asambleísta de Montserrat– surgieron simplemente porque “la gente se juntó con el vecino, se juntó con el otro [...] y dijo ‘tenemos que hacer algo’, porque tenía esa sensación de que ese día se había salido a la calle y se había hecho algo” (Mujer, 55 años, con experiencia política previa). De hecho, muchas asambleas nacieron en los mismos espacios y en el momento mismo en que

3 Diferentes asambleas adoptaron diferentes denominaciones, en muchos casos luego de arduas discusiones acerca del perfil que se buscaba conferirles. Como bien señala Rossi (2005), la denominación de “barrial” o “vecinal” enfatiza el movimiento hacia la organización territorial por parte de quienes, pese a no contar ya con un empleo estable capaz de producir solidaridad y sentimientos de pertenencia, aún tienen un lugar de residencia capaz de generar relaciones de vecindad y nuevas formas de solidaridad. El término “asamblea popular”, en cambio, coloca el énfasis en la rearticulación del sujeto pueblo. Según Rossi, la autodefinición de una asamblea como “popular” está ligada a una interpretación de diciembre de 2001 como un contexto de crisis del sistema capitalista o del modelo neoliberal y de su correlato político, la democracia representativa o “partidocracia”, y a la comprensión del slogan “que se vayan todos” como el llamado a la creación de una alternativa a esas estructuras en crisis. En contraste, las autodenominadas “asambleas barriales” tienden a concebir la crisis como el resultado de la delegación persistente y excesiva de autoridad en un sistema político carente de mecanismos efectivos de *accountability* y de participación y control ciudadanos. En consecuencia, interpretan el “que se vayan todos” en términos de la re-legitimación de la representación política y la corrección de sus mecanismos deficientes.

los vecinos autoconvocados participaban de los cacerolazos. Explica una vecina de Olivos:

Para ir y gritarle al Presidente, ¿adónde tenés que ir? A la casa presidencial [de Olivos]. [...] Ahí empezaron a decir: “Esta es la asamblea de Olivos, la asamblea de Olivos”, y se empezaron a juntar los mismos vecinos, los mismos vecinos, y bueno... (Mujer, ex Asamblea de Olivos, con afiliación partidaria, voluntaria en una biblioteca popular).

Otro entrevistado relata que la Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda “empezó como las demás asambleas siendo grupos espontáneos de vecinos que se juntaban para ir a los cacerolazos en Plaza de Mayo [...] A la segunda semana, más o menos, de tanto de ir a los cacerolazos [...] fue surgiendo la idea, en el viaje de vuelta, de juntarse previamente, una hora antes para planificar, como las demás asambleas. Primero empezamos a ser asamblea para discutir cómo íbamos a ir a los cacerolazos. [...] De ahí fueron surgiendo otras conversaciones” (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical). La convicción de que el poder reside en el “estar juntos” aflora en el discurso del asambleísta que explica que lo que surgió de valioso en el primer encuentro no fue sino “un reconocimiento, un compromiso de volvernos a juntar” (Hombre, 45 años, empleado, Asamblea de Palermo Viejo).

Pese a destacar el carácter “espontáneo” del surgimiento de las asambleas, muchos de nuestros entrevistados aceptan el hecho de que ellas fueron convocadas por alguien. Lo que subrayan, en cambio, es que dicha convocatoria fue realizada por “vecinos comunes” iguales a ellos mismos, a menudo con escasa o nula experiencia política, que simplemente tomaron la iniciativa de escribir un cartel o distribuir un volante casero para dar inicio a algo que luego creció por decisión voluntaria de cada adherente, por su propio impulso y sin direcciones ni liderazgos. Esta espontaneidad, afirman, confirmó un carácter “genuino” al movimiento, que es repetidamente caracterizado como surgido “de abajo” y a espaldas de los partidos, los militantes y las organizaciones de izquierda, que estaban distraídos mirando para otro lado. “Si bien yo tenía experiencia política” –afirma un periodista– “yo no convoqué a la formación de la asamblea; convocaron cuatro personas que no tenían experiencia en militancia política. [...] Yo con toda mi experiencia política no pude ver el fenómeno y ellos sin experiencia política lo pudieron ver. Lo vieron y tuvieron la iniciativa”. (Hombre, 49 años, ex exiliado, Asamblea de Palermo Viejo).

También es mencionado una y otra vez el hecho de que “la gente” se hallaba entonces en estado de disponibilidad para responder a esta clase de convocatoria: lo que era extraordinario no es, pues, que alguien llamara a formar una asamblea sino que tanta gente respondiera. Más

importante que el llamado en sí era el hecho de que el proceso no fuera controlado ni dirigido por nadie. Así lo explican dos asambleístas:

Las asambleas eran relativamente espontáneas. Es como el cantito en la cancha: [...] se arma en la semana. El tema es si te lo dejan cantar, si todos lo quieren aprender y si lo cantan cuando vos decís... Esa es la historia, esto es lo mismo. Las asambleas fueron convocadas. [...] [Pero] andá a convocar la asamblea con volantitos y a meter trescientas personas en la calle (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política). Uno encontraba papelitos [que decían] “los vecinos nos reunimos”. Evidentemente esos papelitos de algún lado salían. [...] [Había] organizadores de cada una de las asambleas. De cualquier manera, esto para mí es un dato anecdótico [...]. El peso de ese momento realmente lo hacía el vecino que quería de alguna manera participar, que se sentía defraudado, nada representado” (Mujer, 50 años, Asamblea de Alvarez Jonte y Artigas).

Otros entrevistados afirman que sus asambleas fueron convocadas por organizaciones preexistentes: es el caso de la Asamblea Popular de Liniers –cuyas bases, afirma uno de sus miembros, estaban sentadas desde una semana antes del 19 de diciembre, cuando los comerciantes del barrio organizaron una protesta en Plaza de Mayo–; de las asambleas de Palermo Viejo y Congreso –que reconocen su origen en la convocatoria de un grupo de vecinos que para entonces llevaba más de un año movilizado frente al Congreso en demanda del inicio del proceso de juicio político a la Corte Suprema de Justicia–; y de la Asamblea Gastón Riva de Caballito, convocada desde un Centro Cultural. Unos pocos entrevistados afirman que sus respectivas asambleas fueron “propuestas” por algún partido político, como el Partido Obrero, o por militantes “suelos” pertenecientes a alguna organización. Son, sin embargo, más numerosos los que destacan que la iniciativa –tanto de los “vecinos comunes” como de los militantes– fue tomada siguiendo el “efecto demostración” de otras asambleas ya en funcionamiento. Es decir, sostienen que las primeras asambleas fueron indudablemente “espontáneas” en el referido sentido del término y que “otras se formaron después, al caballo de eso, por los partidos. [Pero] había un proceso ya objetivo en curso” (Hombre, 34 años, encuestador, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política). Abundan, pues, relatos como el siguiente:

[Un día] me encuentro con una asamblea en la esquina de Castro Barros y Rivadavia, la calle cortada y veinte o treinta personas con un megáfono a los gritos, y me quedé. [...] Lo comenté con amigos y con los compañeros del barrio y a los dos o tres días vimos que pasaba lo mismo en

el Cid Campeador. Ahí nos decimos a armar una en Flores. Hicimos un par de afiches convocando en la Plaza de Aramburu [...] [Pensamos] que vendría alguno, qué sé yo. Bueno, nos encontramos con que éramos doscientos tipos. [...] Los que habíamos convocado nos presentamos como vecinos e hicimos las veces de moderadores. [...] Usamos la metodología que habíamos visto en otros lados (Hombre, de ocupación “militante”, 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores).

Luego del surgimiento de las asambleas, los cacerolazos pudieron repetirse gracias a los recursos organizativos que ellas pusieron en movimiento, pero en ese mismo acto fueron perdiendo espontaneidad, puesto que cada vez más fueron las propias asambleas las que los convocaron y trataron de coordinarlos. Al igual que los cacerolazos que las habían precedido, las asambleas pronto debieron enfrentar dos acusaciones cruzadas: por un lado, lo que se suponía que era su motivo fundamental –el rechazo al “corralito” bancario– fue denunciado como indigno o espurio; por otro lado, ellas fueron señaladas como reductos izquierdistas con inconfesables “motivaciones políticas”.

El carácter inaceptable de las motivaciones “materiales” y “burguesas” como resortes de la acción política es internalizado por la mayoría de los entrevistados, empeñados en negar la primera acusación. En lo que se refiere a la segunda, cabe señalar que si bien las asambleas fueron a menudo impulsadas, sostenidas, colonizadas o manipuladas por organizaciones políticas, la cooptación y la manipulación tendieron a ser fuertemente resistidas por quienes –autodefiniéndose ya fuera como “apolíticos”, “apartidarios” o “indiferentes a las ideologías”, o reivindicando la política como una actividad creadora frente a su degradación por parte de los políticos y activistas profesionales– buscaban una forma genuina de autoorganización y de deliberación. La presencia persistente de cuadros de los partidos políticos de izquierda en el seno de las asambleas y su tendencia a manipular el debate y a introducir e impulsar desde allí sus propias agendas es asimismo denunciada por numerosos asambleístas como una de las grandes razones de la fuga de los “vecinos” y de la consiguiente declinación de las asambleas. Una joven asambleísta de Palermo Viejo lo ilustra del modo siguiente:

Los vecinos estábamos todos acá, éramos como ciento veinte, qué lindo, qué lindo, hasta que de repente empezamos a notar quién habla con el micrófono, quién grita o quién no deja hablar a los otros o intenta imponer su idea. ¡Oh! Casualmente eran de algunos partidos en particular. Empezamos a hablar y empezó toda una reacción para impedir la cooptación. Pero fue una política que los partidos de izquierda trataron de hacer. Porque las asambleas fueron un intento social, creativo, espontáneo; no vino un iluminado de la vanguardia a decir “hay que hacer esto”. Pero cuando estaban armadas las querían tomar.

[...] Algunos decían que eran de partidos y otros no, y los descubrimos. Una cosa complicada de desbaratar (Mujer, 29 años, socióloga, con breve experiencia política).

“Algunos conocíamos estas prácticas porque ya las habíamos hecho nosotros también en el pasado”, explica otro integrante de la misma asamblea (Hombre, 49 años, periodista y militante antiglobalización, con variada experiencia política previa). “Los que teníamos más o menos experiencia en eso” –recuerda un asambleísta de Flores– “estábamos todo el día apuntando y señalando. Venían todos a las asambleas, y se armó lo que todavía persiste en la población, una confrontación con el modelo y con las estructuras del partido. No podías decir que venías de un partido” (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, con experiencia político-partidaria). Explica otro asambleísta de Palermo Viejo con experiencia política:

A la segunda, o tercera [reunión], vino un muchacho joven, que se notaba tenía experiencia política y dijo “tenemos que armar comisiones y empezar a estructurarnos”. La mayoría no quería, no quería nada estructurado. [...] El error de la mayoría de los partidos de izquierda [fue] no entender que se estaba frente a un fenómeno novedoso donde ellos no eran vanguardia sino que iban a la cola. [...] Tienen una responsabilidad muy fuerte en la quiebra de las asambleas, porque metieron debates que a la gente no le interesaban, debates que tenían que ver con la caracterización política que ellos tenían del momento. Ellos forzaban debates y cada partido de izquierda buscaba llevar a la asamblea para su grupo, porque había una puja entre los partidos de izquierda para ver quién tenía más asambleas. Ellos creían que [las asambleas] eran sóviets y había que liderarlos.

Ensalzadas por quienes las veían como una instancia evolutiva superior luego de los cacerolazos espontáneos y criticadas por quienes las consideraban la causa de la pérdida del vigor y la inocencia de lo espontáneo, las asambleas constituyeron sin duda una de las prácticas más novedosas crecidas al calor de la crisis de representación que había estallado violentamente hacia fines del año 2001. El fenómeno se caracterizó por su poder revelador de la naturaleza de la crisis de la cual había emergido a la vez que por su potencial innovador en relación con las prácticas políticas dominantes. Las asambleas constituyeron instancias productoras de discursos en torno de una representación devenida problemática, así como de prácticas políticas encaminadas a la búsqueda ya fuera de complementos, ya de alternativas, a las prácticas habituales de la representación política. En otras palabras, su proliferación entre fines de 2001 y comienzos de 2002 constituye un síntoma de la crisis de representación (y también de la crisis económica y social) a la vez

que –en virtud de su carácter productor de discursos y de prácticas en torno de la representación– un elemento de denuncia y de intencionada profundización de la dicha crisis.

Las asambleas no fueron lo masivas que habían sido los cacerolazos, pues a diferencia de aquellos exigían de sus participantes tiempo, paciencia, habilidades retóricas y/o interés por el debate político. La intervención en los cacerolazos era accesible para cualquiera: bastaba con tener algún motivo de queja y salir cacerola en mano a expresarlo en un espacio en el cual no había ni podía haber jerarquía alguna, como sí las habría en las asambleas tan pronto como comenzaran a emerger los “liderazgos naturales”. Sin embargo, a menos de tres meses del 19 de diciembre el número de asambleas superaba el centenar en la Capital Federal, y lo mismo sucedía en el Gran Buenos Aires. Entre enero y febrero de 2002 se habían constituido también cerca de cuarenta asambleas en la provincia de Santa Fe, alrededor de una decena en la de Córdoba, y siete más en otras cuatro provincias. Con todo, el movimiento asambleario es consistentemente descrito por nuestros entrevistados como “un fenómeno capitalino”. “No podemos decir que fue un proceso nacional, porque no lo fue, pero en su momento tuvo implicancias nacionales porque se amplifica un montón, y se irradia desde el punto de vista político” (Hombre, 47 años, comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con prolongada experiencia política).

Pese a su incidencia cuantitativa menor –admitida retrospectivamente por numerosos entrevistados, que hablan de decenas o acaso un centenar de asambleístas en barrios de decenas de miles de habitantes–, la sensación prevaleciente a lo largo de las primeras semanas de vida asamblearia era que “podía llegar a pasar cualquier cosa”, que “cualquier cambio era posible”. “Era un efecto multiplicador, la gente venía, invitaba vecinos, imprimía volantes”, rememora una ex asambleísta de Palermo Viejo (Mujer, 44 años, artesana, sin experiencia política previa). “Vos caminabas por los barrios y te encontrabas una asamblea acá, una asamblea allá, otra asamblea más allá”, relata una ex asambleísta de Flores Sur. “Era impresionante, todo el mundo era militante de una asamblea, ibas en el subte y te encontrabas con gente que te encontrabas en la Interbarrial, y era una sensación medio extraña, una efervescencia” (Mujer, 38 años, con experiencia político-partidaria previa). Al mismo tiempo, sin embargo, muchos de esos asambleístas se hallaban ya conscientes de los límites del proceso, palpables en las dificultades para movilizar a la gente que aún no lo había hecho:

Lo que veíamos cuando íbamos caminando [en las marchas] es que la gente estaba en los balcones, saludaba pero se quedaba ahí. No había manera de bajarlos [...] Había un escrito en esos días que decía “Apagá

el televisor y salí a la calle”. Esto es muy importante; uno de los recuerdos que yo tengo de esos días es ver por la calle Rivadavia los edificios con las ventanas levantadas, el país en llamas y la gente lo más cómoda mirando la televisión. Es una imagen terrible, una gran impotencia, nos daba bronca ver que la gente no reaccionaba (Hombre, 43 años, artista plástico, ex Asamblea de Pedro Goyena y Puán, sin experiencia política previa).

Por su composición, sus consignas, sus procedimientos y mecanismos (más o menos horizontales, más o menos pluralistas), las asambleas fueron tan diferentes entre sí y tan heterogéneas internamente como lo había sido el concierto de las cacerolas⁴. También sus iniciativas tuvieron una diversidad inagotable: desde la producción de periódicos, publicaciones informativas o programas radiales hasta la organización de escraches a políticos o funcionarios o la organización, coordinación y participación en formas diversas de impugnación política y protesta social, pasando por la apertura de comedores comunitarios, la organización de compras comunitarias, ferias artesanales, actividades recreativas y ollas populares, centros de educación popular, ciclos de cine, y la elaboración y distribución de diversas clases de bienes de consumo mediante microemprendimientos vecinales con el objetivo doble de propiciar la autogestión y de preservar o crear fuentes de trabajo. Sus consignas y reivindicaciones, al igual que las que habían movilizado a los cacerolazos, fueron también amplias y diversas: elecciones ya, apoyo al movimiento piquetero (traducido en el slogan “piquete y cacerola, la lucha es una sola”), presupuesto participativo, apertura de instancias de decisión para los vecinos, nacionalización de la banca, reestatización de las empresas privatizadas, no pago de la deuda externa, remoción de los miembros de la Corte Suprema, revocatoria de todos los mandatos y convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente, fin del “corralito” bancario, exigencias diversas a los gobiernos locales y provinciales (desde la cesión de un espacio de reunión hasta la entrega de alimentos o medicamentos). Entre ellas era posible identificar demandas concretas e inmediatas relacionadas con la crisis social; reivindicaciones clásicas de los micropartidos de la izquierda revolucionaria, tales como el rechazo de las obligaciones derivadas de la deuda externa; demandas vinculadas a la reinterpretación en clave negativa de las reformas de los noventa y muchas otras que eran la expresión directa de la crisis de representación.

4 En la ciudad de Buenos Aires, sin embargo, el perfil socioeconómico de las asambleas era suficientemente definido: ellas se encontraban en mayores cantidades en barrios de clase media tales como Belgrano, Almagro, Palermo y Flores.

LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA Y LAS ASAMBLEAS SEGÚN LOS ASAMBLEÍSTAS

El discurso acerca de la representación política producido por las asambleas fue también abundante y variado. Abarcó desde posturas reformistas que exigían un recambio capaz de “limpiar” el sistema representativo de sus lacras y restituirlo a su buen funcionamiento, hasta posiciones de impugnación radical basadas en la idea de que los dispositivos representativos han sido diseñados precisamente con la intención de apartar al pueblo del poder que le corresponde por derecho propio pero que vuelve inestable toda forma de dominación.

En las páginas que siguen buscamos dilucidar lo que para nuestros entrevistados significa la representación política, lo que ellos perciben como alternativas a la representación fallida, y lo que en verdad reclaman en relación con sus promesas incumplidas. ¿Acaso el reclamo consiste en volver a la democracia “más representativa”? ¿O, por el contrario, en tornarla “más directa”? En otras palabras: ¿cómo conciben los asambleístas a las asambleas? ¿Cómo piensan sus relaciones con los partidos políticos y las instituciones de gobierno? ¿Perciben a las asambleas como alternativa o como complemento de otras formas de mediación entre el estado y la sociedad? ¿Aceptan la posibilidad de desarrollar sus actividades dentro del marco de las instituciones representativas existentes? ¿Se consideran una forma adicional y más eficaz de “control ciudadano”? ¿Se percibe en ellas algún eco de las experiencias más o menos exitosas de participación ciudadana realizadas en otras latitudes, tales como la del *presupuesto participativo* brasileño? ¿Admiten algún espacio para ciertas formas representativas, o expresan un rechazo radical hacia toda forma de representación? ¿Proponen alguna práctica concreta que logre prescindir por completo de la distancia entre gobernantes y gobernados?

QUE SE VAYAN TODOS

El “que se vayan todos” (QSVT) que comenzó a articularse en las jornadas destituyentes de diciembre de 2001 ha sido desde entonces objeto de numerosas y variadas lecturas periodísticas, académicas y políticas. Las diversas interpretaciones –asiduamente formuladas y reformuladas por los asambleístas– remiten a actitudes claramente diferenciadas ante el sistema de representación.

Un numeroso primer conjunto de entrevistados sostiene que el QSVT debe ser interpretado literalmente. Sin embargo, son pocos los que afirman que la consigna exigía simplemente que se fueran “absolutamente todos, y empezar de nuevo [...] pero ya” (Mujer, 36 años, ex Asamblea de Flores Sur, con limitada experiencia política previa). La gran mayoría, en cambio, explicita el contenido del “todos”, traducién-

dolo como “todos los que están”, “los políticos del sistema”, “los políticos corruptos y vendepatria” o “los que nos gobernaron siempre”. Algunos avanzan un poco más para afirmar que los “todos” que se tenían que ir eran “la corporación política, los jueces” o los que ocupan cargos en “los tres poderes del sistema”. Lo que la consigna reclamaba era –en palabras de un asambleísta de Almagro– que se fueran no solamente “los políticos que nos venían gobernando, que nos siguen gobernando, sino que se vaya toda esa clase política, *supuestamente representativa* de la ciudadanía, léase: instituciones políticas, iglesia, sindicatos... toda esa forma de hacer política del prebendismo, de te doy esta plata votáme” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa). En ese sentido, el blanco era la “vieja política” y el reclamo era, como lo explicitan algunos, de “renovación de los partidos” (Mujer, 50 años, Licenciada en Ciencias de la Educación, Asamblea de Álvarez Jonte y Artigas, con breve experiencia política). Dicho reclamo llegó a abarcar también, especialmente a la luz de la experiencia de las asambleas, a los partidos de izquierda, pese a que “la izquierda no se identifica en el mensaje, ellos como si estuvieran afuera” (Hombre, 65 años, empleado del Gobierno de la Ciudad, ex Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa)⁵.

Entre los que interpretan la consigna en forma literal se encuentran asimismo otros que la apprehenden ya no en términos de “renovación” –entendida ésta ya sea como el reemplazo de las personas en funciones o como la sustitución de las viejas prácticas cuestionadas– sino en tér-

5 A la izquierda le cabe un cargo diferente del que pesa sobre los restantes partidos, acusados de haber colonizado el Estado con sus prácticas corruptas, clientelistas y prebendalistas. Para la mayor parte de nuestros entrevistados, en efecto, la izquierda ha pecado más bien por omisión, por su incapacidad para aprovechar “oportunidades históricas”. Afirma, por ejemplo, una asambleísta de Álvarez Jonte y Artigas que los partidos de izquierda “son los responsables de que no se haya ido nadie, de que no se haya constituido una fuerza popular”, es decir, “de que no haya una fuerza popular que represente a la población” (Mujer, 50 años, con breve experiencia política previa). “No tengo nada contra la izquierda, yo me considero de izquierda también”, explica un asambleísta de Pompeya- “[pero] la izquierda perdió una oportunidad histórica para generar, con el movimiento asambleario, una opción” (Hombre, 57 años, comerciante, con experiencia política previa). En consecuencia, el hecho de no haber tenido en sus manos un poder con que hacer el mal no exime, pues, a la izquierda de su parte de responsabilidad; bien por el contrario, ella es responsabilizada precisamente por su incapacidad para construir poder. Como bien nos lo recuerda un entrevistado, se trata de partidos que obtienen menos del 1% de los votos, lo cual significa que “no tienen un sentido de construcción muy positiva”. Esa incapacidad es ratificada por su acción en el seno de las asambleas, centrada en el intento de cooptar un puñado de nuevos militantes más que de llevar adelante algún proyecto tangible (Hombre, 65 años, empleado del Gobierno de la Ciudad, ex Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa).

minos del reemplazo del sistema de representación en crisis por “otra democracia”, a la que algunos se refieren como “directa”, otros como “participativa” y aún otros, finalmente, como “más representativa” que la existente. La negativa a interpretar la consigna como demanda de un “mero recambio” es en muchos casos explícita; así, por ejemplo, afirma una ex asambleísta de Lanús que QSVT significaba “que se vayan todos los gobernantes pero que no venga ninguno en su lugar [...] [Aunque] yo misma no me imagino lo que sería estar organizados de esta forma” (Mujer, 32 años, con breve experiencia política previa). En palabras de un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda:

[QSVT] es una consigna-guía para nosotros, construir un poder popular de diferente tipo, y en eso nos parece que el modelo de Mosconi es muy bueno, es el más avanzado que hay en el país. Nos parece que hay otros modelos que hay que estudiar, como el de los Sin Tierra de Brasil, el del Zapatismo, la guerrilla colombiana, los Cocaleros en los territorios donde funcionan como poder popular real (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical).

En general, esta clase de postura incluye la idea de las asambleas como alternativa frente a la democracia representativa. En la Asamblea de Palermo Viejo –recuerda una de sus integrantes– “se había prolongado esa frase diciendo ‘Que se vayan todos, nosotros nos hacemos cargo’” (Mujer, 65 años, ama de casa, sin experiencia política previa). A partir de esa misma frase razona un asambleísta de Pompeya, que le asigna un claro mensaje destinado a los políticos: “ustedes no pueden administrar más nada”. Los políticos, explica, son “impresentable[s], en treinta años no le encontraron la solución. Prostituyeron los poderes del Estado, llevaron a la gente, al 50%, bajo la línea de pobreza, la corrupción es estructural” (Hombre, 57 años, con prolongada experiencia política).

Un segundo conjunto de entrevistados, igualmente numeroso que el anterior, adjudica al QSVT un sentido metafórico, es decir, un sentido figurado o no literal que, sin embargo, facilita la comprensión del fenómeno en cuestión. En palabras de una ex asambleísta de Montserrat:

[QSVT era] como una metáfora [...] comparable con la de las Madres de Plaza de Mayo, “Aparición con vida”. O sea, todas saben que están muertos, pero bueno, “Aparición con vida” es el slogan, la cosa fuerte, y este que se vayan todos me parece que tiene una similitud, porque yo en lo personal no puedo creer algo... que se vayan todos qué, y quiénes quedamos, cómo, porqué que se vayan todos, ¿y el que venga? (Mujer, 55 años, con experiencia política).

En tanto que metáfora, son atribuidas a la consigna dos grandes características. Por un lado, una gran capacidad de simbolización del har-

tazgo, la bronca, el hastío, el rechazo difuso hacia los representantes, el sistema de representación o, incluso, el “sistema” a secas. Ella era, según varios asambleístas y ex asambleístas, “una *catarsis* por la negativa”, “un *grito* de protesta y de plantar una posición”, “un *grito* de rebeldía”. Era “simplemente una *expresión* de ‘estamos hartos de esto y todavía no nos da cómo reemplazarlo, simplemente estamos hartos y lo manifestamos’”, según un miembro de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores (Hombre, 33 años, militante partidario). “Fue muy visceral”, confirma un ex asambleísta del Botánico. “No había un análisis mucho más de profundo que eso”. Fue “como una goma que la estirás al máximo a ver hasta dónde vuelve”, aunque “no se estiró mucho porque de hecho están...” (Hombre, 48 años, desempleado, con limitada experiencia política previa)

Por otra parte, la consigna es caracterizada por su capacidad de síntesis y su consiguiente potencial abarcador. Ella era “una síntesis de esas que se hacen en la cancha”, según un asambleísta de Flores que proporciona la siguiente explicación:

[La frase] salió en la calle. “Que se vayan todos” es BASTA, es una traducción, no es literal. No es que vamos a ir a matar a la mamá del referí, no. [...] Fue una frase simple: puta, no era que se vayan todos, todos, todos, todos los hijos de puta que a espaldas del pueblo negocian lo que negocian, lucran con lo que lucran, viven aislados, perjudican a los sectores más jodidos, se siguen cagando en todos, siguen endeudando al país [...] Algunos decíamos “avancemos, hagamos la revolución”, [estaba] el que quería reformas livianas, pero el “que se vayan todos” englobaba (Hombre, 47 años, actor, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política).

Algunos entrevistados destacan positivamente la amplitud del slogan por su capacidad de abarcar diversos reclamos y afirman que ella se torna “un arma de doble filo” cuando es tomada literalmente; otros tantos, en cambio, utilizan la misma expresión para alertar sobre el peligro de una consigna tan “imprecisa” y “difusa” como para aglutinar “desde los fascistas hasta la extrema izquierda” –y útil, por consiguiente, para ser “retomada por la derecha”.

Frente a la consigna nuestros entrevistados –tanto los que creen que ella debe ser tomada de algún modo literal como los que destacan su carácter metafórico– se dividen entre quienes afirman su validez y/o su vigencia y los que dicen nunca haberla apoyado o haber dejado de hacerlo por diversas razones: su irresponsabilidad; su carácter insuficiente o, por el contrario, excesivo; su sesgo negativo; lo inevitable de su fracaso. Encontramos, asimismo, a algunos (pocos) que rechazan su primer componente –la pasividad del “que se vayan”, cuando en realidad, afirman, había que *echarlos* a todos– y a otros (también

escasos) que se oponen, en cambio, al “todos” con el argumento de que no todos los políticos son iguales.

“Dentro de las cámaras del Congreso había gente que, a mi modo de ver, había tenido un buen accionar [...] Yo [incluso] sospechaba si eso no fue incorporado desde la derecha para crear una situación de mezclar todo, de meter todo en una misma bolsa”, sugiere un ex asambleísta de Caballito (Hombre, 43 años, artista y docente universitario, sin experiencia política previa).

El carácter “irresponsable” de la consigna, por su parte, es afirmado en al menos dos sentidos diferentes. Por un lado, en el sentido de que ella “pone afuera de uno mismo la responsabilidad. [Con eso] no se arregla nada. [Es como decir] ‘Yo no lo voté’, ‘yo no tengo nada que ver’, ‘viene de hace mucho’.” (Mujer, 23 años, estudiante, ex Asamblea de Palermo Viejo, con experiencia política limitada a la asistencia a marchas universitarias). El eslogan es denunciado también como un “capricho” producto de las urgencias del momento, gritado por “esos mismos [que ahora] se van a la marcha [en demanda de una política de “tolerancia cero” contra el delito] de Blumberg”, denunciado infaliblemente “de derecha” (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa). Por otro lado, la frase es considerada producto de la “inconsciencia”, del “no pensar” lo que podría suceder si ella se concretara. “Vos no podés decir ‘que se vayan todos’, porque si vos no estás gobernado viene el señor George W. [Bush] y te dice: ‘yo gobierno por vos’”, afirma una ex asambleísta de Olivos (Mujer, 45 años, voluntaria en una biblioteca popular, con experiencia política y afiliación partidaria). La afirmación más difundida de la irresponsabilidad de la frase –caracterizada como “ridícula”, “infantil”, “desajustada”, “irreflexiva” y “sin sentido”– se presenta bajo la forma de un interrogante: “si se van todos ¿quién va a venir?”. La pregunta es formulada a menudo junto con la constatación del fracaso de las asambleas para “ocupar el espacio” de los que debían irse, o de “la gente” o “el pueblo” para organizar una alternativa y mantenerse a la altura de las consecuencias de su reclamo.

La frase es denunciada ya por excesiva (y, por lo tanto, imposible), ya por insuficiente. “No se fue nadie”, afirma, entre los primeros, un integrante de la Asamblea Gastón Riva. “Estas posiciones entre todo y nada son lo mismo, y termina pasando esto. Queríamos todo y conseguimos nada” (Hombre, 32 años, fotógrafo, con experiencia previa limitada a la asistencia a manifestaciones universitarias). Entre quienes juzgan a la consigna insuficiente, por su parte, encontramos básicamente a militantes o asambleístas con vasta experiencia político-partidaria que critican el supuesto reformismo de la vasta mayoría de la ciudadanía movilizada:

[La consigna] decía “que se vayan todos los políticos”, pero no decía [que] el sistema parlamentario es un sistema indirecto de delegación de la política y en la medida en que uno elige a alguien y ese alguien no es revocable y puede hacer lo que quiera entre elección y elección, significa un gran renunciamiento político. [...] La asamblea quería que se vayan todos pero no cambiar el sistema (Hombre, 47 años, comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con experiencia militante).

La insuficiencia de la consigna pasa aquí por su carácter solamente “negativo”. Consecuentemente, la carencia de una propuesta alternativa, “por la positiva”, es señalada como un problema por muchos asambleístas –en su mayoría, militantes partidarios– que afirman haber intentado subsanarla por fuera de sus respectivas asambleas, organizando grupos “de discusión más política, más de tipo estratégica, de programas, de actividades, que en la asamblea no se podían hacer”.

En todo caso, la mayoría considera que, a juzgar por sus efectos prácticos, la consigna fue un fracaso. “No cambió nada”, “no se fue nadie”, “el sistema se gatopardizó”, “cambió algo para que no cambiara nada”, son algunas de las expresiones más repetidas. Unos cuantos, no obstante, destacan que resultó de utilidad para cambiar la perspectiva de muchos ciudadanos antes pasivos, para crear en ellos una suerte de estado de alerta y, en contrapartida, una mayor sensibilidad en el gobierno emergido de las elecciones presidenciales de 2003 –el cual (en el discurso, según algunos; mediante ciertas acciones relevantes, según otros) acabaría por recoger algunos de los reclamos de los caceroles y los asambleístas.

LAS ASAMBLEAS FRENTE A LAS INSTITUCIONES REPRESENTATIVAS

La relación con el gobierno local

Son pocos los entrevistados que afirman en forma tajante que sus respectivas asambleas no mantuvieron –especialmente en sus comienzos– ninguna relación con el Centro de Gestión y Participación (CGP)⁶ de su barrio porque, fieles al QSVT, no querían tener nada que ver con el Estado, los partidos políticos y las instituciones en general. Así, por ejemplo, recuerda un asambleísta de Flores:

6 Los CGP son unidades administrativas descentralizadas del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. En ellos los vecinos de los barrios pueden realizar diversos trámites, acceder a servicios sociales, culturales y de capacitación, presentar denuncias por derechos vulnerados o hacer reclamos relativos a la prestación de servicios públicos. Ellos son anunciados por el gobierno porteño como “un canal para la participación barrial, a través de diferentes instancias que promueven el protagonismo colectivo y la búsqueda consensuada de soluciones” y como “una herramienta para el control efectivo de la gestión de gobierno” (<http://www.buenosaires.gov.ar/areas/descentralizacion>).

Estábamos todos bastante radicalizados en esa época. Había una comisión de relaciones institucionales que era estigmatizada como la derecha de la asamblea. Lo primero que quisieron hacer fue relacionarse con el CGP, la Iglesia y la policía. Imagínate en esa época. Hacía un mes que la policía nos venía reprimiendo, al CGP no le dábamos entidad, el gobierno era una cáscara vacía y la Iglesia tampoco era considerada una institución progresiva y de diálogo (Hombre, 34 años, encuestador, con breve experiencia política previa).

Son más numerosos los que afirman que hubo en sus respectivas asambleas fuertes conflictos internos en torno de la cuestión de si, acaso, aceptar o rechazar lo que ofrecía el CGP, si pedir, exigir o, incluso, “tomar” lo que correspondía a “la gente” por derecho propio –por ejemplo, un lugar para reunirse. Son aún más numerosos, finalmente, los que afirman sin lugar a dudas que sus asambleas se relacionaron de uno u otro modo con el CGP o con el Gobierno de la Ciudad (y, en menor medida, con otras instituciones). Dichas relaciones fueron, según la mayoría, “obligadas”, de índole utilitaria y de “demanda permanente”. El CGP es visto, desde esta perspectiva, como una fuente de donde “sacar” cosas, un lugar adonde pedir o exigir y al cual “escrachar” si las demandas no eran adecuadamente respondidas. Esta relación es con frecuencia (pero no siempre) definida como “conflictiva”⁷; son contados los que describen una relación más “amigable” o “adulta” resultante de la existencia de cierta afinidad ideológica, de la “buena disposición estatal”, del reconocimiento por parte de la asamblea de los logros de la gestión municipal, o del respeto mutuo. La obtención de recursos (predios para funcionar, cajas de comida para repartir, alimentos para el comedor comunitario, planes sociales, subsidios habitacionales, etc.) o de decisiones tales como la legalización de ciertas actividades de las asambleas es, pues, considerada mayormente como el resultado de la “lucha” de las asambleas y de sus “presiones” sobre un gobierno visto por algunos como necesitado de “limpiar su imagen” y por otros como “asustado” por la convulsión social. Recuerda en ese sentido un asambleísta de Parque Avellaneda:

7 En algunos casos la relación con el gobierno y con los partidos es vista incluso como “peligrosa”, y ello por al menos dos razones. En primer lugar, dicha relación generó –según algunos entrevistados– “tendencias punteriles” en algunas asambleas y redundó en la cooptación y fuga de asambleístas hacia los partidos o hacia las estructuras gubernamentales. En segundo lugar, la disponibilidad de recursos procedentes del Estado colocó a numerosas asambleas frente a una disyuntiva que produjo graves conflictos internos. ¿Debían acaso recibir y repartir, por ejemplo, bolsas de comida? En caso de que lo hicieran, ¿podrían hacerlo de un modo que no hiriera sus convicciones opuestas al clientelismo y la “vieja política”?

Tuvimos una entrevista con la gente de política alimentaria, [era] la primera vez que teníamos contacto con funcionarios. En ese momento [en] el Gobierno de la Ciudad estaban muy asustados, cada vez que tenían un amago de marcha ya directamente te tiraban cajas [de comida] por la ventana. [...] Fuimos trece asambleas y les planteamos que teníamos ollas populares, que teníamos distintas actividades sociales, que necesitábamos alimentos y de qué manera nos íbamos a relacionar [que dependía de ellos si era por las buenas o por las malas]. Logramos que nos enviaran periódicamente una partida de [alimentos] [...], después solicitamos un local (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical).

Más allá de la relación de demanda permanente, otros entrevistados hacen referencia a un involucramiento más estable en el marco de ciertas iniciativas del gobierno de la ciudad –en particular, el “presupuesto participativo” y la Ley de Comunas. También aquí se disciernen dos enfoques, uno más comprometido con dichos procesos y otro más instrumental. La mayoría de los entrevistados, sin embargo, adopta esta última posición. Entre los integrantes de las asambleas que respondieron a las mencionadas iniciativas gubernamentales, la mayoría afirma haberlo hecho a sabiendas de que se trataba de “una gran farsa” o “una mascarada de democracia participativa”. Lo hicieron, pues, con el objeto de acumular poder o de lograr otros objetivos ajenos al proceso en sí. “Queremos gobernar”, afirma un asambleísta de San Telmo. Para lograrlo “aprovechamos todos los recursos que hay, aún los más bastardos. Por ejemplo el presupuesto participativo” (Hombre, 51 años, comerciante). La utilidad del mecanismo radica, según un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores, en que “es una instancia institucional que nos sirve para charlar con la gente del barrio” (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política); según un miembro de su homónima de Parque Avellaneda, en su carácter de caja de resonancia para hacer oír otros reclamos (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical).

Son pocos los que conceden a las iniciativas del gobierno el beneficio de la duda, y que manifiestan haber entrevisto en ellas una posibilidad real de democratización del sistema político. En ese sentido afirma un asambleísta de Castro Barros y Rivadavia haber trabajado asiduamente “en forma conjunta con la Comisión de Descentralización de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires” con la convicción de que era posible introducir “mecanismos de participación democrática más directa [porque] ir a votar una vez cada dos años no sirve” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración, sin experiencia política previa). En el mismo tono explica un integrante del Espacio Asambleario de Parque Patricios que “la Ciudad de Buenos Aires tiene una Constitución que es la más progresista del país, donde habla de la democracia participativa” (Hombre, 54 años, encuestador, con prolongada experiencia política); de ahí que valiera la pena intervenir

en el proceso y ver cuánto podía lograrse. El balance es, sin embargo, casi inevitablemente negativo:

[La descentralización de la ciudad mediante comunas fue reglamentada] en el proceso de la baja de las asambleas, [de modo que] el proyecto de comunas que quedó es muy controlado, con poca incidencia real de decisión real del vecino, se lo consulta pero no decide. [...] Son los espacios de participación que plantea el Banco Mundial, y que es involucrar a la gente, pero la decisión sigue estando en los centros de poder. Es involucrar para que crea que está participando y decidiendo pero en realidad hay una manipulación (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con experiencia política previa).

Las asambleas tienden a ser consideradas como una alternativa al gobierno local por aquéllos que toman mayor distancia de éste y, en particular, por aquéllos que tienen mayor experiencia política y pertenecen a asambleas que se identifican como “populares” más que como “vecinales”. Para estos entrevistados, las asambleas constituyen o constituyeron una suerte de “contrapoder” o de “doble poder”. Su-
brayan, por un lado, que en plena crisis las asambleas asumieron de hecho una serie de funciones que correspondían al gobierno; por el otro, que muchos vecinos recurrían a ellos como si efectivamente se tratara del gobierno. Algunos concluyen que la experiencia así ganada los ponía en condiciones de gobernar.

[Las comisiones de educación y de salud] se pusieron a estudiar la ley para transformarla [...] Trataba[n] de meterse en los problemas de la vida, de los temas concretos que teníamos todos los vecinos. Había elementos potenciales de doble poder. Hay un poder que es el institucional, el del Estado, y hay otro de tipo popular que se da desde abajo (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con experiencia política previa)

Éramos un contrapoder en una época, hubo que gente que vino a plantearnos cosas como si fuésemos una oficina de gobierno [...] No iban al CGP, nos venían a preguntar a nosotros cosas que, obviamente, se tramitaban en el CGP (Mujer, 38 años, ex Asamblea de Flores Sur, con experiencia política previa)

[Enumera las variadas actividades de la asamblea] Es decir, tenemos que prepararnos para algún día [...] poder gestionar, empezar a aprender cómo se hacen las cosas. Y créeme que estamos en este momento en condiciones, no sé si de manejar la Ciudad, pero la comuna seguro (Hombre, 57 años, comerciante, Asamblea Popular de Pompeya, con prolongada experiencia política previa).

El hecho de que los vecinos recurrieran a la asamblea en busca de soluciones para sus problemas, sin embargo, no es necesariamente in-

terpretado como un signo de que las asambleas fueran tratadas como si fueran “el gobierno del barrio”, como lo formula un entrevistado. De hecho, otros entrevistados interpretan ese hecho como indicativo de que la asamblea era algo así como un “sindicato de los vecinos”, un “lugar de referencia distinto” que funcionaba en beneficio de los vecinos y que como tal era reconocido por el CGP local (Hombre, 54 años, encuestador, con variada experiencia política previa).

La necesidad del Estado

Por sobre la pretensión de ocupar el Estado, eliminarlo y/o reemplazarlo predomina entre nuestros entrevistados el reclamo de que aquél cumpla con sus funciones. En verdad, se encuentran casi ausentes las interpretaciones estrictamente anarquistas de la consigna QSVT y, en cambio, hay numerosos indicios de la importancia que es concedida al Estado. Algunos llegan incluso a admitir que, en verdad, acaso no sea tan deseable que se vayan todos. Es el caso del ex asambleísta de Pedro Goyena y Puán que recuerda que el 20 de diciembre de 2001 se asustó al “ver que la gente rompía la puerta y se metía en el Congreso [...] Me dio la idea como que *se habían ido todos* [...] Había cierta cosa de caos gubernamental y nadie se hacía cargo de controlar la situación” (Hombre, 43 años, artista plástico y docente universitario, sin experiencia política previa).

La necesidad de un Estado regulador capaz de abarcar toda la amplitud de lo social es planteada, ante todo, por contraste con las limitaciones enfrentadas por las asambleas:

Nosotros creemos que tiene que haber un Estado, que ponga una ley [...] El autoempleo u otro tipo de cuestiones [emprendidas por las asambleas] son espejitos de colores si no van acompañados por una política integral por parte del Estado (Hombre, 41 años, maestro, Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda, con experiencia sindical).

Nosotros no estamos en contra del Estado; nosotros queremos un Estado que sea para nosotros, que sea distinto. [...] El Estado tiene que estar presente en la vida, tiene que volver de la retirada que tuvo. Como ciudadanos exigimos la presencia de un Estado que esté presente, que regule, que realmente se ocupe de la cosa pública (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo).

Desde esta perspectiva, las asambleas son vistas como soluciones *ad hoc* halladas por los vecinos ante la “situación de cuasi abandono del Estado, en hospitales, en escuelas” (Mujer, 50 años, Licenciada en Ciencias de la Educación, Asamblea de Álvarez Jonte y Artigas, con breve experiencia política).

La importancia del Estado es adicionalmente reconocida, *a posteriori* de la experiencia asamblearia, como producto del descubrimiento –verbalizado por la asambleísta de Palermo Viejo arriba citada– de que “el voluntarismo tiene límites”. Es, en ese sentido, notable el reconocimiento que pasa a recibir entonces la necesidad de profesionales de la política, de individuos cuya ocupación principal sea la cosa pública, cosa que no está al alcance de los “ciudadanos comunes” sostener a lo largo del tiempo. Típicamente, nuestros entrevistados comienzan por describir la rutina del asambleísta en los meses de auge del movimiento como muy “demandante”, “desgastante” y “agotadora”, puesto que entre las reuniones plenarias, las de comisión, las movilizaciones y las diversas actividades desarrolladas, “estabas ahí todos los días de la semana”. Las actividades y relaciones “normales” –trabajo, estudio, casa, familia y amigos previos a los que se hicieron en la asamblea– quedaron temporariamente en un segundo plano, porque se “vivía para la asamblea”, según relatan. “Hace falta estar veinticuatro horas y la gente también tiene que hacer su vida”, explica un militante de la Asamblea Popular de Pompeya (Hombre, 57 años, comerciante, con prolongada experiencia política previa). “Nosotros no somos asalariados de la política. Entonces, realmente ir a estas reuniones o hacer un trabajo solidario, implica esfuerzo y tiempo para la gente que tiene un montón de otras cosas que hacer” (Mujer, 50 años, Licenciada en Ciencias de la Educación, Asamblea de Álvarez Jonte y Artigas, con breve experiencia política previa).

El problema del tiempo se agudizó aún más cuando los asambleístas comenzaron a encarar ciertas tareas muy demandantes que son usualmente dejadas en manos de los políticos, tales como la elaboración de proyectos de ley. Así, por ejemplo, recuerda un asambleísta del Botánico que cuando comenzó a involucrarse en el proyecto de reforma del código contravencional de la Ciudad de Buenos Aires “casi completamente me dedicaba a la asamblea” (Hombre, 48 años, desempleado y estudiante, con alguna experiencia política previa). “Tenías que ser un militante casi *full time*”, reconoce un asambleísta de Flores. “Obviamente esa dinámica desgasta y lo puede sostener un grupo muy reducido de compañeros. [...] La asamblea actual es producto, casi en un 80 o 90%, de la comisión de desocupados de la asamblea porque era la comisión más dinámica, la que hacía más cosas” (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política previa). Son, en efecto, numerosos los entrevistados que afirman que pudieron sostener ese ritmo sólo mientras duraron sus vacaciones o mientras estuvieron desocupados: simplemente –continúa nuestro entrevistado– “estábamos todo el día en la plaza militando porque no teníamos *laburo*”.

El asambleísta no era, en principio, un militante; era, precisamente, la reivindicación de su carácter de movimiento de los “ciudadanos

comunes” lo que confería su tono específico al movimiento asambleario. La distinción entre el asambleísta y el militante es recalcada de este modo por un asambleísta de Palermo Viejo:

El asambleísta es una persona que trabaja, que estudia, que va a su casa, que arregla las cosas y que una vez a la semana se junta con su grupo de personas afines para hablar hasta las doce de la noche de qué le gustaría hacer en el futuro y planificar. Después el tiempo del sábado, hacer una actividad cuando puede o quiere. [...] Cada uno se engancha con un tema y lo lleva hacia delante. No significa que tenga que dejar de hacer todo. Hay gente que esto lo toma como una militancia; yo no soy un militante. Yo lo veo como un ámbito de participación, no de militancia. La militancia me da cuadro, estructura, jerarquía... (Hombre, 48 años, desempleado y estudiante de Administración, con breve experiencia política previa).

Buena parte de los asambleístas que no acabaron convertidos en militantes de las asambleas desertaron de ellas en un lapso relativamente breve. Las dificultades para mantener el proceso a lo largo del tiempo eran enormes, y se vieron alimentadas por el rápido reflujo de la ola inicial de entusiasmo, por la distancia que se verificó entre la realidad y las expectativas, y por las rápidas modificaciones del escenario político del cual habían surgido las asambleas.

El reconocimiento de la necesidad de políticos y funcionarios profesionales se vio alimentado también por los fracasos de las asambleas, asumidos como tales por la amplia mayoría de nuestros entrevistados (con algunas excepciones procedentes de unas pocas asambleas que sobrevivieron en el tiempo gracias a su excepcional dinamismo y productividad, pero que son señaladas por miembros de otras asambleas como organizaciones “partidarias”, “piqueteras” o “paraestatales”). “Las asambleas no fueron eficaces en nada”, afirma lapidariamente un ex asambleísta del Botánico (Hombre, 48 años, desempleado, con limitada experiencia política previa). “Hoy [se] decide una cosa y en la próxima no lo hicimos y después si lo hicimos vienen otros y hablan sobre el mismo tema y dicen que está mal hecho. [...] Hay un gran estancamiento y muchas reiteraciones”, explica un ex integrante de la Asamblea Popular de Olivos (Hombre, 60 años, maestro mayor de obras, con experiencia política previa). “[Las] cosas que se hacían se iban perdiendo, se iban disolviendo. Todo era tan relajado...”, concuerda una ex asambleísta de Lanús (Mujer, 26 años, sin experiencia política previa). La explicación más difundida de estas dificultades se basa en la idea de que ninguna organización funciona cuando sus integrantes sólo hacen lo que quieren, porque quieren y cuando quieren. Son numerosas las referencias a la “orga-

nización laxa”, la lisa y llana “desorganización” de las asambleas o su carácter de “no-organización”. Las “comisiones” o “sub-áreas” en que típicamente se dividían las asambleas son descritas como “grupos de afinidad” en los que cada uno trabajaba “en lo que le gusta”. Así, “vos hacés absolutamente lo que te da la gana, ¿no? y una tarea que no te gusta no la hacés”, explica un ex asambleísta de Núñez (Hombre, 54 años, con experiencia política previa).

Muchos entrevistados relacionan con esa dificultad para *hacer* la declinación y la desaparición de buena parte de las asambleas. A la inversa, son numerosos los que afirman que las asambleas que lograron perdurar fueron las que tuvieron éxito en la construcción y el mantenimiento de algo tangible en su entorno inmediato; sobreviven, pues, en torno de un centro cultural, un comedor comunitario o alguna otra realización concreta que es “lo que permitió seguir encontrándole un sentido a continuar reuniéndonos” (Hombre, 32 años, fotógrafo, Asamblea Gastón Riva, con limitada experiencia política previa).

La posición frente a las elecciones presidenciales de 2003

La recomposición del escenario político y la celebración de elecciones presidenciales a escaso año y medio de la explosión de la protesta política constituyeron la prueba de fuego para las asambleas. Según la mayoría de nuestros entrevistados, éstas no sentaron ante las elecciones una posición “oficial”, es decir, una directiva a la cual debieran conformarse sus integrantes. En su mayoría, las asambleas otorgaron –según la expresión más frecuente– “libertad de acción”. Unos pocos afirman que en sus asambleas “casi no se habló” del tema porque las elecciones no importaban; son mucho más numerosos, en cambio, los que recuerdan haber tomado parte de abundantes “charlas de coyuntura”, “debates” y “discusiones” para intentar aclarar qué es lo que estaba en juego y qué significaban las diferentes alternativas de modo que cada asambleísta lograra orientarse y decidir qué hacer. Es paradigmática en ese sentido la siguiente descripción:

Nosotros hablamos mucho de las elecciones, con angustia más que nada. En una época hacíamos charlas de coyuntura y entonces intercambiábamos información y visiones, pero no era que nosotros vamos a votar todos juntos a... Era desde un lugar de “reflexionemos juntos” y “qué votamos, qué desesperación”. [...] Era una situación muy angustiante, después de todo lo que pasó, después de la crisis y todo no tenemos a quién votar... [...] No estaba la idea de “la asamblea va a hacer tal cosa”... Hablamos del voto en blanco y nos pusimos a analizar técnicamente si los votos en blanco y los impugnados se sumaban en realidad, [...] una cuestión de estrategia (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo, con limitada experiencia política previa).

Pocas asambleas llamaron a realizar alguna acción específica frente a los comicios, tales como la abstención, la anulación del voto o el voto en blanco. Fueron más numerosas las que optaron por proclamar la vigencia del QSVT sin aclarar lo que la consigna suponía en términos prácticos. Así, por ejemplo, un integrante de la Asamblea de Castro Barros y Rivadavia recuerda que, aunque “no tomó posición respecto a ir o no a votar” y decidió “que cada uno tenía que hacer lo que quería”, su asamblea “sacó una boleta del que se vayan todos, donde la mayoría de nosotros fuimos a votar con esa boleta y la repartimos en el barrio” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa). También mantuvo la consigna la Asamblea 20 de Diciembre de Flores, en un acto que uno de sus integrantes califica como “una salida decorosa para no tener conflictos internos. La asamblea se paraba con la vieja consigna de las asambleas, y los que participaban hacían lo que querían” (Hombre, 33 años, militante partidario).

El 27 de abril de 2003 concurrió a las urnas el 80,5% de los votantes habilitados en todo el país. El 97,28% de los concurrentes emitió un voto positivo: el voto anulado cayó a 1,73%, y el voto en blanco se redujo a 0,99%. En la Ciudad de Buenos Aires las cifras fueron aún inferiores: 1,42% y 0,6%, respectivamente. La fórmula presidencial de la ignota Confederación para que se vayan todos obtuvo el 0,67% de los votos en todo el país (0,85% en Capital, y 1% en provincia de Buenos Aires). El 91% de los sufragios positivos se dividió entre cinco candidatos: tres de filiación justicialista, pero con divergentes orientaciones ideológicas –el ex presidente Carlos Menem, con el 24,45%; Néstor Kirchner, con el 22,24%, y el que fuera presidente durante una semana, Adolfo Rodríguez Saá, con el 14,11%– y dos ex radicales, uno de centroderecha –Ricardo López Murphy, con el 16,37%– y otro de centroizquierda –Elisa Carrió, con el 14,05%. La segunda vuelta, que habría de dirimir la contienda entre Menem y Kirchner, no tuvo lugar pues el primero renunció a su candidatura ante la certeza de una derrota masiva y humillante. Así, Kirchner fue proclamado ganador con un caudal de apoyo que, según se afirmó entonces, le auguraba graves problemas de gobernabilidad. No obstante, poco tiempo después de su inauguración, las sorpresivas y bienvenidas iniciativas del nuevo presidente le ganaban el apoyo de un amplísimo “electorado virtual” que decía que, ahora sí, lo votaría si se le presentara la oportunidad. El panorama de crisis de representación se había transformado radicalmente, y con él el terreno de acción de las asambleas. Nacidas de un estado de ánimo que sus integrantes evaluaban ahora como “caprichoso” y “superficial”, sin efectos de fondo sobre la cultura política, las asambleas habían dejado de ser el termómetro de la ciudadanía.

“Esa misma gente que había participado de la volteada a De la Rúa, después fue y participó, fueron a votar”, acusa un integrante de la Asamblea Popular de Liniers (Hombre, 47 años, comerciante, con prolongada experiencia política). Así lo hizo también la mayoría de nuestros entrevistados. Pocos de ellos anularon su voto. Y si bien tiempo antes de las elecciones la mayoría parecía inclinarse por el voto en blanco (o por Luis Zamora, cuya agrupación Autodeterminación y Libertad de todos modos no se presentaba a elecciones), al aproximarse la fecha “las opciones se dispersaron entre el voto en blanco, el voto a la izquierda, el voto por Kirchner o Carrió...” (Mujer, 31 años, maestra, Multisectorial de San Cristóbal, militante). Dos son las razones esgrimidas como explicación de este cambio. En primer lugar, votar en blanco equivalía a “desentenderse del problema”. En segundo lugar, según explica un ex integrante de la Asamblea del Botánico, la experiencia de las asambleas con la política municipal había dejado la enseñanza de que, en verdad, no todos los políticos eran iguales después de todo:

Las personas que [inicialmente] pensaban que todo era lo mismo [finalmente] coincidieron en que si no teníamos a esa gente [de Izquierda Unida] en la Legislatura no podríamos haber hecho ese trabajo (Hombre, 48 años, desocupado y estudiante, con limitada experiencia política).

Las divisiones se agudizaron a poco de iniciado el gobierno de Kirchner. Varias asambleas sobrevivientes, ya raleadas, se tensionaron, escindieron y/o disgregaron como resultado de los desacuerdos entre los críticos y los expectantes, a menudo saldada con la partida de los segundos. Dos años más tarde, una militante de la Multisectorial de San Cristóbal todavía afirmaba que en su asamblea no era recomendable discutir acerca del gobierno de Kirchner, porque “nos queremos mucho y no queremos matarnos” (Mujer, 31 años, maestra). En verdad, muchos adjudican a las expectativas generadas con el nuevo gobierno parte de la responsabilidad por la declinación de las asambleas. Subrayan, en particular, el hecho de que Kirchner “adopta el discurso o cierta parte del discurso y de los reclamos que aparecían en el 2001” (Hombre, 29 años, estudiante de maestría, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). Ello es descalificado como “doble discurso” (Hombre, 47 años, Asamblea Popular de Liniers) por quienes desconfían de las intenciones presidenciales y consideran que “no hay diferencia” entre él y sus predecesores o sus adversarios electorales, pues todos ellos ejecutaron o hubieran ejecutado “un mandato de las clases dominantes, que es recomponer la gobernabilidad, recomponer el poder del Estado, garantizar la explotación y la subordinación” (Hombre, 54 años, encuestador, Espacio Asambleario de Parque Patricios, con varia-

da experiencia política previa). Otros reconocen que aunque Kirchner no es igual a, por ejemplo, Carlos Menem, “desde el punto de vista de nuestros intereses no hay diferencia”; sí la hay, en cambio, en el terreno local donde operan las asambleas, razón por la cual muchos apoyaron al candidato a jefe de gobierno del presidente frente a la alternativa “derechista”. Un tercer grupo, minoritario, valora la política de derechos humanos del nuevo gobierno, su actitud hacia la Corte Suprema y su percibida dureza frente a la corrupción. Allí donde sus políticas reciben la aprobación de los entrevistados, sin embargo, ellas tienden a ser percibidas como el resultado de la acción de la ciudadanía en 2001, y de las asambleas en los meses subsiguientes:

Es una animalada creer que [Kirchner] es lo mismo [...] [Ha] tenido gestos, y señales en algún sentido que los gobiernos anteriores no las habían tenido. De lo que tengo dudas es que sean señales, consignas o políticas realmente llevadas adelante por convicción. Creo que el proceso de 2001 marcó mucho a los gobiernos que vinieron después, en este caso el de Kirchner. El fantasma de lo que pasó con el gobierno anterior me parece que determinó, no sé si un programa, pero un mínimo de medidas a adoptar, o de discurso a adoptar. (Hombre, 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, militante partidario).

DELIBERACIÓN Y TOMA DE DECISIONES

Deliberación y horizontalidad

La discusión, la deliberación y el debate ocupan casi invariablemente un lugar central en las definiciones de “asamblea” que proporcionan nuestros entrevistados:

Una asamblea es una gran pregunta. Es un cuestionamiento de muchas cosas [...] Un poco de asociación libre (Hombre, 29 años, estudiante de maestría, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). [La asamblea] es un ámbito de discusión y de acción, de la discusión como acción (Hombre, 32 años, fotógrafo, Asamblea Gastón Riva, con limitada experiencia política previa).

[La asamblea se caracterizaba por] una actitud de participación, de búsqueda, de reflexión sobre todo lo que se pudiese hacer [...] Lo novedoso era juntarnos a hablar de política, tratar de transformar ciertas cosas pero sin saber bien adónde se iba. Reunirse para debatir ciertas cosas sin tener un horizonte claro. A debatir sobre política sin que hubiese una meta de las ordinarias, que cualquier organización política tiene: obtener cargos, llegar al poder (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa).

La diferencia entre las asambleas y los partidos políticos es sistemáticamente identificada sobre la base de la naturaleza de la deliberación

(y del aprendizaje) que tiene lugar en las primeras, a diferencia de lo que sucede en los segundos:

En un partido ya tenés previos acuerdos, no es un lugar al que vas a debatir. Mínimamente sabés cuál es su línea política, su marco teórico. En la asamblea no pasaba eso (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa).

[Había] tormentas de ideas. Nadie venía y decía “hay que hacer esto”. Cuando uno viene de una experiencia de militancia en un partido político donde siempre hay una cabeza que dice qué hay que hacer, a mí me gustó mucho que [en la asamblea] todo surgiera de la base con la pregunta “¿qué hacemos?”, y no “hay que hacer porque la dirección política dice” (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, con larga experiencia política previa).

Si en las asambleas pueden tener lugar la deliberación y la toma de decisiones sobre la base de aquélla es, precisamente, porque no hay una “línea política” establecida previamente por una “cabeza” o una “dirección política”, es decir, porque no hay por encima del plenario un cuerpo pequeño y cerrado con poder de decisión y de veto. El intercambio de argumentos sólo es genuino cuando quienes participan en él están dispuestos a dejarse convencer por el mejor razonamiento más que por los títulos esgrimidos por quien los formula. Así, la deliberación requiere de la *horizontalidad*, opuesta en forma sistemática a la “estructura vertical” de los partidos. La horizontalidad, a su vez, exige la igualdad o, mejor dicho, una igualdad política construida en el marco de la asamblea –una “homogenización de los lugares”, tal como lo formula un entrevistado. En las palabras de tres ex asambleístas:

[En la asamblea] todos tienen la misma voz, todos tienen la misma fuerza, de ahí salen documentos que se estudian entre todos. Es posible lograr que nadie crea que es más que nadie [...] Había gente que tenía dinero, pero dentro de la asamblea éramos todos iguales (Mujer, ex Asamblea de Olivos, voluntaria en una biblioteca popular, con experiencia política y filiación partidaria).

No pesaban las jerarquías, todos discutíamos por igual. Estaba muy bueno desarraigarte de la situación de que el científico, por tener un título, es el que sabe. No había división social en ese aspecto (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa).

Estábamos acostumbrados a que las decisiones siempre las tomen otros. En cualquier ámbito donde te muevas siempre delegás u otro te representa, hay siempre autoridades, niveles jerárquicos [...] [La asamblea] es la utopía total. Yo que no sé nada de política, no sé nada de nada, estoy hablando con este que tiene treinta años de militancia y para decidir si vamos o no a una marcha lo que yo opino es tan valed-

ro como lo que opina él (Mujer, 32 años, ex Asamblea de Lanús centro, con breve experiencia político-partidaria previa).

Lo que resultaba de esta igualdad de lo diverso era la posibilidad de “construir el propio pensamiento a partir de pensamientos distintos” (Mujer, 44 años, ex Asamblea de Palermo Viejo, artesana, sin experiencia política previa). Explica uno de nuestros asambleístas:

Vas viendo lo que piensa el otro y te va modificando lo que vos estás pensando. Ponéle, pido la palabra, estoy anotado para hablar y hasta que me llega el momento, voy cambiando, agregando cosas a las que pensaba, a veces hasta transformando completamente todo lo que estaba pensando porque escuché el razonamiento de otro de los vecinos que me pareció bien, o porque el otro veía cosas de las que hasta ese momento yo no me daba cuenta. Eso es lo que más me gusta y me impresiona de la asamblea, esta construcción colectiva de lo que se va pensando (Hombre, 29 años, estudiante, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa).

Las asambleas son pensadas idealmente como el ámbito donde la política deja de ser monopolizada por los expertos para ser recuperada por y para los ciudadanos. Así, por ejemplo, explica un asambleísta de Palermo Viejo que en las discusiones participan “personas, ciudadanos” y no “especialistas”; caso contrario, “el ciudadano sería como el paciente del dentista; no puede decir nada, lo único que puede hacer es dejar la boca abierta y si le duele que no se queje” (Hombre, 48 años, desocupado y estudiante, con experiencia político-partidaria previa).

Las discusiones que tenían lugar en el seno de las asambleas abarcaban los temas más diversos y tenían los más variados niveles de abstracción y de generalidad. “Se hablaba desde construir una huerta hasta la Revolución Socialista, apoyar la lucha de Irak, Afganistán... Era muy ecléctico todo, muy raro” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, Asamblea de Castro Barros y Rivadavia, sin experiencia política previa). Se debatía sobre “los problemas del país, de la economía, la salud, la educación, el tema del régimen político” (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con prolongada militancia política previa), así como sobre la forma de encarar algún emprendimiento comunitario o de expresar solidaridad con los cartoneros⁸ del barrio; sobre la asistencia a la siguiente movilización o a la Asamblea Interbarrial, o sobre el contenido del volante que sentaría la posición de la asamblea sobre algún tema concreto.

8 El término designa a los desocupados que se ganan la vida recolectando cartones y papeles de la basura en las calles para luego venderlos a empresas de reciclaje.

El nivel de abstracción de las discusiones llegó a constituirse también en objeto de discusión en el interior de las asambleas, así como en objeto de acusaciones y desinteligencias entre ellas. De hecho, algunas asambleas fueron regularmente criticadas por sus supuestas tendencias “elitistas”, “teorizantes” e “intelectualoides”. Mientras que en algunas asambleas se discutían “cuestiones de todos los días, cuestiones barriales, cuestiones de necesidad” –en palabras de un integrante de la Asamblea Popular de Pompeya– otras “discutían la ley de gravedad” (Hombre, 57 años, comerciante, prolongada experiencia política previa). La acusación es negada por algunos miembros de las asambleas criticadas, mientras que otros reconocen que el “elevado nivel intelectual” de sus asambleas, en las que “se armaban debates muy interesantes y muy ricos” en el lenguaje académico de las ciencias sociales (en contraste con otras “donde había un componente más barrial, más llano, con un lenguaje mucho más simple”) produjo tensiones, escisiones y deserciones. Los efectos de la preponderancia del “saber experto” son los mismos que se adjudican en otros casos al predominio del “saber militante”.

Similares discusiones tuvieron lugar en las asambleas en torno del nivel de generalidad de las actividades a realizar: la disyuntiva era, en ese sentido, si “quedarse en el barrio” o “trabajar a un nivel más general” (Con todo, en muchos casos la solución fue hallada en el armado de comisiones en las que “cada uno se ocupaba de lo que quería”). Esta discusión presentó a menudo la forma de un enfrentamiento entre “vecinos comunes” y “militantes revolucionarios”. Así, por ejemplo, cuando la Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda comenzó a discutir sobre la posición a adoptar ante la declinación de los cacerolazos, “los sectores de izquierda ortodoxa [que] evaluaban que había condiciones para poder arremeter contra el poder central [...] eran fuertemente opositores a cualquier tipo de trabajo barrial” (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical en el gremio docente).

Las reuniones de las asambleas son típicamente descritas como “caóticas”. “Era casi imposible armar un temario [y] menos que ese temario se respetara”, afirma un ex integrante de la Asamblea de Núñez (Hombre, 54 años, con experiencia política previa). Varios militantes devenidos asambleístas o asambleístas devenidos militantes asamblearios afirman que en ellas se tornaba imposible sostener una verdadera “reflexión política”⁹:

9 Al mismo tiempo, solía considerarse desaconsejable la introducción de discusiones políticas de fondo en las reuniones plenarias, suponiendo que ellas probablemente ahuyentarían a aquellos que se veían a sí mismos como “vecinos comunes”, interesados en “hacer cosas” pero reacios a “discutir de política”.

Se resolvían los asuntos que había para resolver y no nos quedaba tiempo para la discusión. Eran tantas las actividades que se hacían las doce y media, la una de la mañana y no se podía discutir nada; entonces se armó otro espacio donde se empezaba a discutir un poco más. Éramos poquitos, los militantes y unos cuantos vecinos [...] [Desde entonces] empezó a ser súper organizada y expeditiva la asamblea del jueves (Hombre, 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, militante partidario).

Así, las instancias “oficiales” de discusión política pronto pasaron a circunscribirse a eventos especiales –típicamente, jornadas de fin de semana en las que se hacían presentaciones y se discutía sobre algún tema específico– y a comisiones especializadas (“comisión de análisis político”, “taller de reflexión” o “grupo de discusión”) abocadas a “sintetizar” y a “introducir temas” que luego eran presentados a la asamblea. Pese a ello, nunca dejaron de plantearse en el plenario importantes debates sustantivos, gatillados a menudo por simples cuestiones prácticas. “En la asamblea todo pasaba por la discusión política”, afirma un integrante de la Asamblea de Castro Barros y Rivadavia. “Desde poner un merendero hasta dar o no una bolsa de comida...” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa). Según un militante asambleario de Flores, fuertes discusiones acerca de la legitimidad de la propiedad privada tuvieron lugar en su asamblea cuando se contempló la posibilidad de tomar un predio desocupado en el momento en que el inicio del invierno volvió imposibles las reuniones a la intemperie. En otras asambleas se discutió incansablemente acerca de la política social, el asistencialismo y los derechos sociales cada vez que surgían interrogantes relativos a la organización de las prácticas solidarias de la asamblea. Por efecto de su carácter inédito, finalmente, las asambleas presentaron aún otro rasgo notable: el de constituir una práctica marcadamente autorreflexiva que incluyó constantes discusiones acerca de qué era una asamblea y en qué consistían sus propias prácticas horizontales.

Votación o consenso

Una cuestión muy discutida fue la de los procedimientos de toma de decisiones más compatibles con –y conducentes a– la horizontalidad. Dos de ellos son mencionados por partes iguales de entrevistados como la forma que asumía la toma de decisiones en sus respectivas asambleas: la votación y la búsqueda de consenso.

Mientras que para algunos entrevistados el uso del expediente de la votación y la decisión por mayoría es asumido como “natural” por su carácter “obviamente” democrático, otros afirman que el mecanismo fue utilizado por simples razones cuantitativas y sólo en los comienzos

de la asamblea, o como recurso de última instancia ante la imposibilidad de alcanzar consensos en determinadas circunstancias o en torno de ciertas cuestiones, siendo abandonado al disminuir el tamaño de la asamblea por efecto de las deserciones y/o al aumentar su homogeneidad como resultado de las escisiones¹⁰. Por esas mismas razones afirman algunos que en las comisiones se buscaba el consenso, mientras que en los plenarios se decidía mediante votación a mano alzada. Otros, en cambio, afirman su preferencia por el consenso a partir de la constatación de sus efectos menos divisivos, y de la convicción de que “más gente iba a seguir una decisión que se había tomado en conjunto” (Hombre, 36 años, Asamblea de Castro Barros y Rivadavia, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa).

Tanto los que reivindican la votación como los que expresan su preferencia por el consenso (frecuentemente identificado con la armonía, en particular por los que cuentan con escasa experiencia política) lo hacen con la convicción de que se trata del mecanismo más “horizontal” y “democrático”. Al mismo tiempo, las críticas que se dirigen tanto a la votación como al consenso (pero en particular a este último, a menudo reconocido como “más novedoso” y “más difícil” de practicar) pasan por dos ejes: sus deficiencias democráticas y sus limitaciones operativas. “No te voy a decir que [el consenso] es *tan* democrático [...] Se ha ido gente que no estaba de acuerdo con algo”, afirma una integrante de la Multisectorial de San Cristóbal (Mujer, 31 años, maestra y militante política). “Los que estamos acostumbrados a la militancia, no tenemos problemas en debatir [en busca de consenso]. Pero hay otros vecinos que no están acostumbrados”, señala un ex asambleísta de Olivos (Hombre, 60 años, maestro mayor de obras, con experiencia política y filiación partidaria), sosteniendo implícitamente la idea de que para votar, en cambio, todos se hallan en igualdad de condiciones. En todo caso, tanto la discusión encaminada a la búsqueda de consensos como la votación destinada a saldar la discusión son reconocidas como sujetas a manipulaciones y “aparatadas” de

10 La cantidad y la heterogeneidad, tan celebradas por otras razones, se tornan en este punto altamente problemáticas. “Al principio era una locura, se tiraban ochenta mil ideas y se votaba levantando la mano y el que pasaba se sumaba y levantaba la mano, era un desastre, no tenía sentido”, confiesa un ex integrante de la Asamblea del Botánico. “Se hacía taaaan extenso hasta que cada comisión votaba lo que había hecho que terminábamos votando diez”, recuerda una ex asambleísta de Flores Sur. “Era una cosa que no terminaba más. A veces era la una y media de la mañana y seguíamos desde las ocho en la plaza. [...] Después vino el frío y tuvimos que acotar el tema de la horizontalidad y ser más expeditivos”, corrobora un miembro de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores. Son, pues, mayoría los que coinciden con la afirmación de que “se pudo trabajar mejor cuando había menos gente”, como lo expresa un asambleísta de Almagro.

los partidos –es decir, de la intervención de los militantes partidarios capaces de distorsionarlas y volverlas en su apoyo:

Al principio se votaba todo porque los militantes de los partidos políticos están muy acostumbrados a votar; es una manera de imponer sus posturas (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, con variada experiencia política previa).

[La búsqueda de consenso] puede llegar a ablandar situaciones difíciles. Pero hay momentos en los cuales prefiero la elección. Por una cuestión muy simple: porque en el consenso uno puede tratar de bajar posiciones constantemente (Hombre, 48 años, Asamblea de Palermo Viejo, desocupado y estudiante, con experiencia político-partidaria previa).

[Se producían] discusiones muy acaloradas que se terminaban dirimiendo con votos, que no saldaban la discusión [...] No se bancaba muy bien perder una elección y se operaba hasta torcerla adentro. Estaba esa resistencia de acatar el voto de la mayoría (Hombre, 47 años, actor teatral, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa).

Al momento de votar, cuando ya se cerraba todo, resulta que estallaba la discusión [...] Eran tres tiempos: primero, las propuestas; después el debate de las propuestas donde nadie debatía. Y al momento de la votación...bla bla bla. Los que veníamos sin experiencia, éramos una pelotita de ping pong. Vos tenías al MST y al PO. Y la discusión era la pelotita, iba de acá para allá...Sentías que habías llegado al cine a ver una película ya empezada. Eran discusiones re viejas y no entendías un pomo (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa).

Junto con las deficiencias de uno y otro mecanismo en términos de calidad democrática, son cuestionadas también la calidad y la eficacia de las decisiones resultantes. La práctica consensual es el blanco preferido de esta segunda clase de críticas. Mientras que algunos aceptan como inevitable efecto colateral el hecho de que las propuestas sobre las cuales no se lograba un acuerdo fueran dejadas de lado para evitar conflictos, otros consideran que se trata de un problema estructural y determinante de la inacción y la ineficacia de sus asambleas. Esta última es la posición adoptada por numerosos entrevistados que señalan que por consenso sólo podían decidirse “muy pocas cosas” o “cosas demasiado obvias”, tales como salir a “escrachar” a un ex represor o participar en las marchas en repudio del aniversario del golpe de estado de 1976. Las decisiones alcanzadas por consenso en torno de temas más controvertidas, en cambio, quedaban “licuadas”; de ahí que se recurriera a la votación “cuando el tema lo merecía”. “La búsqueda de consenso” –explica un ex asambleísta de Núñez– “es como un sistema de pulimiento hasta que la cosa queda totalmente roma y no pincha nada”. Además, es “poco operativa”: “por ahí el único que no estaba

de acuerdo con una posición era uno y eran cinco horas de estar agarrándose la cabeza para acercar a lo que pudiera pensar él” (Hombre, 54 años, con experiencia política previa). Numerosos entrevistados agregan además el inconveniente de que las decisiones así alcanzadas no dejaban contento a nadie, de modo que no concitaban suficiente adhesión y compromiso a la hora de su implementación.

La más radical de las impugnaciones al formato asambleario, sin embargo, es la que cuestiona a ambos mecanismos de toma de decisiones a la vez, a partir de la constatación de un vínculo entre emergencia, decisión y liderazgo. En palabras de un ex asambleísta de Olivos:

No podés vivir en un estado asambleario permanente. [...] Hay decisiones que las tenés que tomar urgente, tiene que haber una representatividad, una comisión pequeña para tomar las decisiones urgentes. La horizontalidad está bien, pero hay decisiones que las tiene que tomar alguien [...] En una emergencia no se puede llamar a una asamblea general (Hombre, 60 años, maestro mayor de obras, con experiencia política y afiliación partidaria).

La constitución de liderazgos

La horizontalidad no era solamente una práctica sino también un objetivo que era “casi obsesivamente” perseguido. “Se resolvía todo democráticamente”, explica un entrevistado. “También se resolvía en cada lugar cómo se iba a resolver una determinada cosa” (Hombre, 50 años, militante político). Para muchos asambleístas y ex asambleístas, sin embargo, la horizontalidad tal como la hemos descripto no era una realidad plena sino, ante todo, un ideal regulativo, un horizonte que se alejaba con el paso del tiempo. Así, son numerosos los que afirman que, aunque en las asambleas no había “títulos” ni “jerarquías”, sí había “gente con distintas preocupaciones” o con diferente “trayectoria”, “formación” o “personalidad”, todo lo cual establecía sensibles diferencias entre ellas. Estas diferencias no se planteaban en términos del derecho a intervenir (que, en principio, todos tenían), sino en términos de la cuenta en que era tenida la palabra de cada cual. “Las propuestas”, afirma un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores, “tenían más peso según quien las dijera” (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política previa).

Pocos consideran que el surgimiento de esta clase de diferencias podría haberse evitado; la mayoría, en cambio, considera que se trata de un proceso natural, y lo expresa señalando la existencia de “jerarquías naturales”, “liderazgos espontáneos” o “dirigentes natos”. “Todo proceso va dando dirigentes”, sostiene un integrante políticamente experimentado de la Asamblea Popular de Liniers. “¿Quién es el que

dice ‘compañeros hagamos esto’? Siempre hay un sector de cuadros, de dirigentes naturales” (Hombre, 47 años, comerciante).

Puesto que lo que está en juego es la atención diferencial que recibe la palabra de unos por sobre la de otros en el seno de un espacio definido, ante todo, por su carácter productor de discursos, son señalados como “referentes” en primer lugar los que “saben hablar”, tienen “capacidad oratoria”, exhiben un “elevado nivel cultural” o portan algún saber de utilidad en algún campo relevante. Los que encajaban con esta descripción eran a menudo profesionales e intelectuales que “era fácil que coparan la cuestión con sus ideas”; en otras asambleas, sin embargo, ese lugar era ocupado por personas con una “trayectoria militante” o una “experiencia partidaria” gracias a la cual “sabían cómo manejar la situación” (Hombre 48 años, ex Asamblea del Botánico, con experiencia política). En uno y otro caso, el resultado fue el desengaño en relación con las supuestas virtudes pedagógicas del debate:

Nuestro discurso original fue “bueno, acá tenemos gente que no tiene la primaria y que se acerca porque quiere seguridad, que sus hijos puedan cruzar la plaza tranquilos, y de pronto tenemos una psicóloga, un economista, gente que ha tenido participación política. Nuestras discusiones van a oscilar y todos juntos vamos a crecer. La señora que está preocupada porque sus hijos puedan cruzar la plaza va a aprender del otro, y este otro va a aprender de ella”. Yo pensé que eso iba a dar un cambio. Pero no, la vecina se fue [...] La gente que se acercaba como el mero vecino, sin mucho intelecto, sin mucho grado de sabiduría, se tenía que allanar a los que sabían, los iluminados (Mujer, 55 años, ex Asamblea de Montserrat, con experiencia política previa).

Los liderazgos se valían no solamente de los recursos arriba mencionados, todos los cuales existían con anterioridad e independencia de la experiencia asamblearia. Se alimentaban también de otros recursos acumulados *in situ*. Así, por ejemplo, son reconocidos los “liderazgos naturales” de la “guardia vieja”, es decir, de “los compañeros que formaron la asamblea, que militaron para la construcción” (Hombre, 34 años, encuestador, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa), y de “los que más están, los que organizan” (Hombre, 57 años, comerciante, Asamblea Popular de Pompeya, con prolongada experiencia política previa), individuos que “después de dos o tres años se han convertido en militantes” (Hombre 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, militante partidario). De hecho, numerosos entrevistados acaban por ligar el liderazgo a la asunción de responsabilidades. “Se pasó a una estructura más orgánica según el grado de responsabilidad”, explica el asambleísta arriba citado. “No es lo mismo la palabra de un compañero que está todo el día laburando

ahí adentro y que se empieza a transformar en un referente, que la del que no”, ratifica una integrante de la Multisectorial de San Cristóbal (Mujer, 31 años, maestra, militante partidaria).

Para muchos de nuestros entrevistados el surgimiento de liderazgos con algunas atribuciones de decisión supone la pérdida definitiva de la horizontalidad; según otros, en cambio, ésta es capaz de sobrevivir bajo una forma modificada. Estos últimos proporcionan por lo menos tres argumentos en apoyo de su posición. En primer lugar, el hecho de que los “líderes” o “referentes” surgieran espontáneamente y no fueran designados ni tuvieran un puesto al cual aferrarse o desde el cual actuar como “representantes oficiales” seguía suponiendo una gran diferencia respecto de la política institucional: el acatamiento del liderazgo era voluntario y debía ser, por así decirlo, plebiscitado a cada instante. “Había liderazgos naturales”, reconoce un asambleísta de Castro Barros y Rivadavia, “pero no un líder a quien obedecer” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa). En segundo lugar, en muchas asambleas en que la existencia de liderazgos era duramente cuestionada se buscó atemperar sus efectos mediante expedientes tales como la rotación, la separación de funciones por áreas y el ejercicio colectivo de las responsabilidades. En tercer lugar, nuestros entrevistados nos recuerdan que, aún así, sólo la “ejecución” y las “decisiones operativas” eran tomadas verticalmente y en grupos pequeños; las “decisiones fundamentales”, en cambio, seguían surgiendo del plenario. Es decir, aunque ya la horizontalidad no era “total” ni la igualdad “absoluta”, seguía habiendo un ámbito donde “todos, desde el más responsable hasta el que menos participa”, discutían en pie de igualdad. Según un asambleísta de Flores, “el proceso de gestión necesita un grado de responsabilidad diferente pero aún así se mantiene el *espíritu asambleario* y las decisiones se toman en conjunto” (Hombre, 33 años, militante partidario). Llegados a este punto, sin embargo, la valoración de la horizontalidad había cambiado a los ojos de los asambleístas-militantes, mayoría en las raleadas asambleas que aún permanecían en pie:

[Al principio] todo el mundo valía un voto, [era] excesivamente horizontal, excesivamente democrático porque valía lo mismo la gente que participaba activamente que la gente que iba y escuchaba una vez por semana (Hombre, 34 años, encuestador, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa).

La participación en la Asamblea de asambleas: ¿representantes o delegados?

Antes de mediados de enero de 2002 las asambleas de la ciudad de Buenos Aires habían comenzado a reunirse cada domingo en el Parque

Centenario con el objeto de intercambiar experiencias, consensuar consignas y coordinar actividades. Aunque en sus comienzos encarnó para muchos una “utopía” y un “sueño hecho realidad”, la Interbarrial muy pronto planteó abiertamente, hasta el límite de la ruptura, los problemas de la deliberación, la representación, y la vinculación entre ambas.

Las “aparateadas” y “maniobras” de los partidos de izquierda en la Interbarrial han sido ampliamente criticadas. Lo que nos interesa aquí es la acusación de que la deliberación auténtica estuvo ausente a causa de esas interferencias partidarias. Numerosos entrevistados relatan que los diferentes partidos de izquierda “venían con su propuesta partidaria y discutían con otros que tenían otra propuesta partidaria. [...] Y desgraciadamente pasaba lo que pasaba en las asambleas gremiales: se votaba a última hora cuando las tres cuartas partes [de los asistentes] se habían ido” (Mujer, 49 años, ex Asamblea de Parque Chacabuco, con experiencia política previa). “Vos ibas como un asambleísta completamente independiente y te encontrabas rápidamente con que había alineaciones, y se suponía que ese no era el juego” (Hombre, 54 años, ex Asamblea de Núñez, con experiencia política previa).

La acción de los partidos es también responsabilizada por la distancia excesiva que se hizo evidente “entre las discusiones y la realidad”. Por un lado, “las cosas que se discutían en Parque Centenario no tenían ningún correlato con lo que se discutía en la asamblea”, señala un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política previa); por el otro, “se discutía mucha política sin ninguna vinculación con los procesos sociales [...] Se votaban veintidós movilizaciones por semana, ¡veintidós! Y nadie iba...”, explica un asambleísta de San Telmo (Hombre, 51 años, comerciante). El problema, tal como lo reconocen varios entrevistados, es que los partidos de izquierda “venían con su manual”, e “interpretaban lo que estaba sucediendo en base a eso” (Hombre, 29 años, Asamblea de Palermo Viejo, estudiante de maestría, sin experiencia política previa). De ahí la circulación de consignas tales como *Todo el poder a las asambleas*, a la que una ex asambleísta de Palermo Viejo pone como ejemplo de la tendencia a “traer categorías y experiencias de otros lugares” (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, con limitada experiencia política previa).

Las interferencias de los partidos fueron reales, y los partidos fueron de hecho responsables por la escandalosa finalización de los encuentros de la Interbarrial. Su acción fue, sin embargo, contingente, pues bien podría no haber tenido lugar. ¿Cuán diferentes hubieran sido las cosas si esas interferencias no hubieran existido? Esta pregunta es planteada en forma implícita por quienes critican la existencia misma de una “asamblea de asambleas”, una estructura de segundo grado en la cual cada asamblea participa mediante el

envío de representantes o delegados¹¹. “Se votó que vaya un representante”, afirma una ex asambleísta de Flores Sur. “Entonces ya eran cinco votando algo y después pretendían que se cumpla” (Mujer, 36 años, con limitada experiencia política previa). “El hecho de volver a la representatividad ponía en cuestionamiento todo lo que estábamos buscando en las asambleas”, argumenta un integrante de la Asamblea de Palermo Viejo. Esa es la razón por la cual los representantes fueron ante todo concebidos como delegados. En primer lugar, se los sujetó a instrucciones precisas –“por escrito, [porque] había mucha desconfianza”, según un asambleísta políticamente experimentado de Liniers (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante). “Se había decidido que vayan por mandato y que vayan votando lo que cada una de las asambleas en los barrios había tratado” (Hombre, 29 años, estudiante de maestría, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). Las atribuciones de los delegados se limitaban, pues, a transmitir las posiciones de sus respectivas asambleas.

En segundo lugar, es enfatizada la rotación de los delegados. Cada semana “se votaban los que representaban a la asamblea y qué era lo que tenían que decir. Se iban rotando”, explica un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores (Hombre, 33 años, militante partidario). La rotación, en particular, es concebida como un mecanismo para evitar la especialización –o, tal como lo expresa una ex asambleísta de Lanús Centro, como “una forma de [evitar que] se encasillara a una persona según lo que hace” y de evitar la concentración de poder resultante del “estar haciendo siempre lo mismo y acaparar determinados lugares” (Mujer, 32 años, con breve experiencia político-partidaria)¹². Por último, es incidentalmente mencionada la revocabilidad de los delegados. “Por ejemplo”, recuerda el militante y asambleísta de Flores arriba citado, uno de los delegados “dijo algunas cosas que no estaban ni resueltas ni discutidas, y no fue más”.

En la práctica, sin embargo, las cosas no resultaron tan sencillas. La mayoría de las asambleas (aquellas que no se hallaban bajo el dominio

11 Las definiciones de diccionario para ambos términos son similares e incluyen referencias recíprocas; al mismo tiempo, ambos términos son con frecuencia utilizados por nuestros entrevistados en forma intercambiable. Sin embargo, la descripción que proporcionan de la tarea encomendada a los “representantes” o “delegados” a la Interbarrial es afín al concepto de delegación tal como ha sido pensado por la teoría política. En ese sentido, a diferencia de los representantes en el marco de los sistemas representativos, los delegados están obligados por un mandato imperativo, son revocables en todo momento y se desempeñan por períodos breves y rotativos.

12 Este elemento es también cuestionado por algunos militantes, para quienes la “completa falta de estructura” de las asambleas fue lo que les impidió sustituir la participación ciudadana cuando el nivel de actividad general comenzó a declinar.

de la militancia de algún partido) se proclamaban “soberanas” e insistían en que los delegados mantuvieran las limitadas funciones arriba descritas. Pero eso –explica un asambleísta de Palermo Viejo, un “vecino común” sin experiencia política previa– “a los partidos no les convenía porque ellos movilizaban el aparato los domingos, levantaban la mano y listo” (Hombre, 29 años, estudiante de posgrado). “El PO [Partido Obrero] trató de constituir una asamblea subordinada a las decisiones de Parque Centenario y la enorme mayoría lo que entendíamos era que era una asamblea soberana” (Hombre, 54 años, encuestador, Espacio Asambleario de Parque Patricios, con variada experiencia política previa).

El conflicto era, sin embargo, más profundo que lo que dejaban ver los intentos evidentes de algunos partidos de izquierda por “apropiarse” del movimiento asambleario confiriéndole una determinada dirección y un contenido preciso a sus acciones. Si la Interbarrial hubiera funcionado de acuerdo con sus principios (es decir, si sus actividades no hubieran sufrido la interferencia de los militantes enviados por los partidos), simplemente se hubiera presentado con mayor claridad el problema de la relación entre la institución de la delegación con mandato imperativo y las posibilidades de deliberación. Son numerosos los que afirman que en Parque Centenario la deliberación era obturada por la presencia de militantes que llegaban con sus consignas y sus planteos discutidos y decididos en otra parte e intentaban imponerlos al resto. No obstante, si ello no hubiera ocurrido y la Interbarrial se hubiese mantenido fiel a la concepción de la representación como delegación, nunca hubiera podido convertirse en una instancia de deliberación sino, a lo sumo, en un espacio para intercambiar experiencias y exponer propuestas de coordinación que luego irían de regreso a las asambleas para retornar con un voto afirmativo o negativo la semana siguiente. En otras palabras: un representante sólo puede deliberar libremente si está en condiciones de cambiar su opinión cuando se siente compelido por otros argumentos, lo cual no puede suceder en modo alguno (simplemente porque las reglas lo prohíben) cuando el representante se halla sujeto a instrucciones precisas de sus mandantes.

CONCLUSIONES

Contrariamente a lo que usualmente se espera, la crisis de representación –típicamente ligada a décadas de mal desempeño y/o mala conducta gubernamental– no condujo en este caso al aumento de las preferencias autoritarias en la ciudadanía sino a una oleada de impulsos profundamente democráticos, basados en la convicción –parafraseada por un entrevistado– de que “la cura para los males de la democracia es más democracia”. En verdad, la mayoría de nuestros entrevistados celebra la existencia de elecciones como una condición necesaria para

la democracia, o simplemente las da por descontadas. Por añadidura, la mayoría –sí no todos– afirma en forma explícita que las elecciones no son en modo alguno suficientes en lo que se refiere a la calidad de la democracia. Así pues, el proceso descrito, al igual que las ideas y convicciones de sus participantes, debe ser aprehendido en relación con la cuestión de la *calidad* de la democracia más que con la cuestión de su *consolidación*. En otras palabras, la cuestión que es planteada una y otra vez no es la de si o por cuánto tiempo la democracia perdurará en la Argentina, sino la de qué clase de democracia es la que actualmente tenemos y si nos gusta y queremos conservarla tal cual es o si, en cambio, preferiríamos cambiarla para mejor.

Como hemos visto, todas las posiciones posibles frente al sistema de representación hallaron algún lugar entre los assembleístas, no necesariamente bajo la forma de alternativas consistentes, y en proporciones y combinaciones diversas: el discurso impugnador de la distancia entre representantes y representados, el discurso cuestionador de la representación realmente existente o de la “clase política” tal como acabó conformándose en el marco de una “democracia delegativa”, el discurso de rehabilitación del mandato imperativo y de la democracia directa. Así, mientras para algunos el QSVT se traducía en el reclamo del fin de toda representación y en la institución de un sistema de democracia directa y/o participativa, para otros hallaba su realización en la revocatoria de todos los mandatos y el llamado a nuevas elecciones generales que produjeran una renovación total de la “clase política”; otros tantos, finalmente, rechazaban su literalidad –o la aceptaban sólo cuando se lo aplicaba en forma acotada, por ejemplo para reclamar el apartamiento de todos los miembros de la Corte Suprema– y rescataban, en cambio, su potencial abarcador de reclamos diversos bajo un paraguas de provocación creadora.

En consecuencia, el rol y el sentido de las asambleas también son interpretados de los modos más diversos. Ellas son para algunos “un instrumento de democracia directa, no delegativa”. La “democracia directa”, a su vez, es en algunos casos diferenciada de la “democracia participativa”, en la medida en que aquélla requeriría de un involucramiento mucho mayor de la ciudadanía en la toma de decisiones. Así, son varios los que tratan a la “democracia directa” como el objetivo de máxima y a la “democracia participativa” como una posibilidad satisfactoria en caso de que aquélla no fuera posible. En otros casos las expresiones “democracia participativa” y “democracia directa” son utilizadas en forma intercambiable para referir a un mismo objeto, la práctica de la democracia directa, considerada “posible” debido a la existencia de “la tecnología para saber lo que la gente quiere”, al menos en el nivel local.

Para algunos asambleístas, las asambleas encarnaron una “alternativa política”, ya sea para administrar o para controlar la administración. En el primer sentido, en particular, la experiencia tiende a ser considerada un fracaso. Otros, por el contrario, sostienen que “las asambleas no tenían porqué ser una dirección política alternativa, porque no se lo propusieron nunca [...] Porque surgieron como otra cosa, como un lugar de rebeldía y de práctica democrática de otro carácter” (Hombre, 54 años, encuestador, Espacio Asambleario de Parque Patricios, con experiencia política previa). En todo caso, también los que las conciben en estos términos lamentan que ese ímpetu y esa práctica no logran institucionalizarse y perpetuarse.

Desde otra perspectiva, las asambleas son consideradas no ya como un sistema alternativo y completo en sí mismo sino como un mecanismo capaz de operar en el seno de las democracias representativas realmente existentes con el objeto de tornarlas más participativas. No todos valoran esta posibilidad, sin embargo, del mismo modo: para algunos es una perspectiva de mínima o un *second best*, mientras que para otros es el óptimo a alcanzar. Entre estos últimos se encuentra, por ejemplo, la ex asambleísta de Palermo Viejo que afirma que “son dos cosas distintas, la participación y la representatividad. Creo que una cosa no quita la otra y sumado es democracia” (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, con escasa experiencia política previa).

Al margen de las explicaciones de la declinación –o, según algunos, el fracaso– del movimiento asambleario, la mayoría de (si no todos) nuestros entrevistados considera que las razones que inicialmente lo motivaron siguen en pie. Muchos de ellos, sin embargo, ya no piensan esas causas en los términos originales. La clase política, por ejemplo, sigue siendo el blanco privilegiado; sin embargo, ella recibe a veces el beneficio de la duda o de la suspensión de la desconfianza, desde el momento en que muchos asambleístas y ex asambleístas depositaron sus moderadas expectativas en el nuevo gobierno, pese a tratarse de un gobierno nacido de uno de los dos grandes socios de la llamada “partidocracia”. Igualmente numerosos son los entrevistados que se lamentan de que la ciudadanía (incluidos muchos asambleístas y, especialmente, ex asambleístas) acudiera obedientemente a las urnas para relegitimar un sistema que –aseguran– sigue funcionando de un modo perverso. Típicamente, los militantes más ideologizados afirman que el movimiento asambleario fracasó porque no fue lo suficientemente radical, dado que no rechazó de plano “el régimen republicano y representativo, entonces cuando el gobierno dice ‘voten de vuelta’, la gente va y vota de vuelta. [...] El cambio no había sido tan profundo, por eso ellos [el *establishment*] habían retrocedido un poco y después volvieron y hasta institucionalizaron el proceso, le dieron una salida electoral”

(Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniars, con prolongada militancia política previa).

En lo que se refiere al impacto de la experiencia asamblearia, la abrumadora mayoría de los asambleístas y ex asambleístas entrevistados declaran notar “poco” o “ningún” cambio sustancial en Argentina, en Buenos Aires o incluso en sus propios barrios. Son mayoría, en cambio, (en particular entre quienes contaban con escasa o nula experiencia política previa) los que afirman que sus propias vidas y sus formas de ver el mundo fueron transformadas por el hecho de involucrarse en una experiencia de democracia “participativa”, “deliberativa”, “directa” o “no delegativa” (según los diferentes calificativos utilizados). En contraste, los entrevistados con una larga historia de militancia tienden a ver su fase asamblearia como tan sólo “una experiencia más” –innovadora e interesante, sin duda, pero nada parecido a un “punto de inflexión” o una “pérdida de la inocencia”. Ambos grupos, sin embargo, acaban coincidiendo en que al menos dos cosas sí cambiaron en la política argentina, después de todo. En primer lugar, afirman pese al proceso subsiguiente de “normalización política”, la experiencia de la insurrección y la autoorganización popular permanece en estado latente para ser eventualmente activada en ocasión de “la próxima crisis”. En segundo lugar, sostienen que aunque “no se haya ido nadie”, la amenaza que supone la presencia de una ciudadanía vigilante, consciente en lo sucesivo de las limitaciones de la democracia representativa, ha demarcado límites más estrechos para los abusos de poder. De ahí, recalcan algunos, los rasgos relativamente progresistas del gobierno “normalizador” de Kirchner, que hubo de recoger, cuanto menos discursivamente, muchos de los reclamos de la ciudadanía movilizada.

La experiencia de las asambleas produjo, finalmente, la reformulación de las expectativas de muchos de sus participantes, no solamente en términos de lo utópico de algunas esperanzas urdidas en el contexto de la movilización de diciembre de 2001 sino también en lo que se refiere a ciertos aspectos de los sistemas representativos. Más precisamente, la experiencia hizo posible la evaluación de la democracia representativa bajo una nueva luz. Así, por ejemplo, el carácter especializado de las funciones administrativas y de los roles desempeñados por los partidos políticos es reevaluado por contraste con la “ineficacia” de las asambleas. Incluso la política en tanto que actividad profesionalizada y remunerada llega a ser revalorizada por algunos entrevistados que reconocen que si pudieron dedicarse de lleno a su asamblea durante varios meses fue porque acababan de quedarse sin empleo pero contaban con los recursos para subsistir independientemente de su trabajo. Esta intuición es reforzada por el análisis de los efectos de la rápida declinación del estado de movilización ciudadana y de la transformación de

algunas asambleas en reductos de militantes-asambleístas y asambleístas-militantes. En ese punto, en efecto, algunos llegan a vislumbrar una alternativa inesperada a la democracia representativa. ¿Y si la alternativa a una democracia gestionada por políticos profesionales que son, después de todo, elegidos por la ciudadanía mediante elecciones libres no fuera la paradisíaca democracia directa sino, en un contexto de baja participación popular, la constitución de un grupo autoseleccionado de dirigentes formado por quienes tienen el tiempo, los recursos, el carisma o el interés para dedicarse de lleno a la política? Tal vez los políticos de profesión no sean tan malos si se los compara con semejante aristocracia, libre de las restricciones de todo mecanismo institucionalizado de *accountability*. En conclusión: dadas las opciones disponibles, la aspiración más razonable podría ser, después de todo, la de una democracia representativa en la cual los profesionales de la política y los funcionarios públicos sean mantenidos a raya por una ciudadanía informada capaz de y dispuesta a ejercer sobre ellos todos los poderes de vigilancia y fiscalización a su alcance.

¿Resultó esa clase de ciudadanía producida o expandida por la experiencia asamblearia o, más en general, por la oleada participativa de 2001? Es evidente que la experiencia de las asambleas fue decepcionante en muchos sentidos, como lo admiten muchos de sus ex integrantes. La desilusión no se relaciona solamente con lo escaso de los resultados reales, concretos y tangibles de las asambleas en términos de los bienes y servicios provistos, o de las políticas implementadas, sino también con la limitada satisfacción provista por la experiencia participativa en sí misma, relacionada a su vez con el fuerte contraste entre las grandes expectativas que había despertado y los modestos resultados que acabó produciendo. Debe tenerse en cuenta que la experiencia examinada involucró sobre todo a ciudadanos de clase media, al menos en lo que se refiere a su perspectiva cultural. Así pues, el potencial democratizante de la experiencia fue no solamente un subproducto bienvenido e inesperado de prácticas emprendidas con otros propósitos sino, ante todo, un objetivo situado en el centro mismo de la idea que los actores se habían formado de sus propias acciones. Para bien o para mal, estos actores políticos resultaron estar teóricamente informados –aunque, en algunos casos, también algo confundidos por la sobreabundancia de teoría presentada en forma excesivamente simplificada. Así, en muchas asambleas tuvieron lugar en forma “casi obsesiva” debates acerca de cómo volver la experiencia más “horizontal” y “participativa” –y, por consiguiente, más “democrática”– (y sobre cómo volcar dichos efectos sobre el ambiente circundante, y eventualmente sobre las instituciones políticas y sobre la sociedad en su conjunto). Debe reconocerse también que la

experiencia asamblearia tuvo lugar en el contexto de una crisis total que produjo un estado de ánimo colectivo muy peculiar que, por definición, no podía durar por largo tiempo. ¿Qué quedó de él al ceder la efervescencia participativa y las ansias deliberativas? Ciertamente, unas pocas asambleas permanecieron en pie, pero sobrevivieron al precio de la adaptación y la mutación en maquinarias clientelistas, no demasiado diferentes de las expresiones locales de los partidos tradicionales. En lo que se refiere a las asambleas que cesaron de existir, la pregunta es: ¿dejaron algo tras de sí?

Es posible responder a la pregunta en forma afirmativa. Más allá de la apreciación por parte de numerosos individuos de lo que resultó ser una experiencia “de esas que se dan una vez en la vida”, que los convirtió en personas más firmes, fuertes y seguras de sí mismas, lo que las asambleas dejaron tras de sí fueron ciertos criterios acerca de lo que se supone que debe ser la democracia y que –aunque usualmente son juzgados no aplicables a la política “normal” y a las instituciones políticas– son considerados útiles para evaluar su desempeño. En ese sentido, el resultado fue la producción de una ciudadanía más crítica, que durante un par de años mantuvo a raya al gobierno. En verdad, durante algún tiempo la memoria de la rebelión permaneció fresca en las mentes de los políticos, que se mostraron verdaderamente preocupados e incluso atemorizados por la posibilidad de su repetición. En enero de 2002, el secretario general de la presidencia bajo el gobierno de Duhalde, Aníbal Fernández, afirmó públicamente que el gobierno debía responder a las demandas populares, tales como las que presentaban los cacerolazos, porque si no lo hacía “a gente nos va a echar” (*La Nación*, 12/01/02). En abril de 2003 Néstor Kirchner fue elegido en la primera vuelta electoral con apenas el 23% de los votos, y se dedicó a construir su base de apoyo mediante la constitución de un “electorado virtual”, es decir, siguiendo los dictados de la opinión pública. Rápidamente fueron tomadas algunas decisiones “progresistas”, incluso “políticamente correctas”. Hasta las elecciones legislativas de mitad de mandato, celebradas en el 2005, siguieron acaparando los titulares los supuestos intentos de “reforma política” (un conjunto de cambios de diversa índole que, en caso de ser implementados, tornarían a la democracia representativa ya sea más representativa, más sensible a las demandas de los representados, más sujeta a sus controles, o más directa). Fue entonces cuando el presidente Kirchner logró tornar su electorado virtual en un electorado real, completando así un proceso exitoso de reconstrucción de la autoridad presidencial junto con la constitución de su propia base de apoyo. La normalidad había sido exitosamente restaurada y eran distribuidos bienes sustitutos; poco después, la reforma política se había desvanecido en el olvido.

¿Cuán crítica, cuán activa, cuán firme y cuán de temer es la ciudadanía argentina en la actualidad? En un país que parece hacer de las crisis la herramienta privilegiada del cambio político, ello aún queda por verse.

BIBLIOGRAFÍA

- Colectivo Situaciones 2002 *Apuntes para el nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: Ediciones De mano en mano).
- Manin, Bernard 1992 “Metamorfosis de la representación” en Dos Santos, Mario (ed.) *¿Qué queda de la representación política?* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Manin, Bernard 1998 *Los principios del gobierno representativo* (Madrid: Alianza).
- Pousadela, Inés 2004 “¿Crisis o Metamorfosis? Aventuras y Desventuras de la Representación en la Argentina (1983-2003)” en Pousadela, Inés et. al. *Veinte años de democracia: ensayos premiados* (Buenos Aires: FLACSO/Fundación OSDE).
- Pousadela, Inés 2005 *Mutaciones de la representación política en la Argentina contemporánea*, Tesis de doctorado, Buenos Aires, Universidad de Belgrano.
- Rossi, Federico 2005 “Las asambleas vecinales y populares en la Argentina: las particularidades organizativas de la acción colectiva contenciosa” en *Revista Sociológica* (México DF: UAM) N° 57, Enero-Abril.

OTRAS FUENTES

- Publicaciones periódicas correspondientes al período en versiones digitales (matutinos *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*, revistas *3 Puntos* y *Ñ*).
- Indicadores de opinión pública en www.nuevamayoría.com.
- Indymedia Argentina Centro de Medios Independientes (<http://argentina.indymedia.org>).
- Resultados electorales 2001-2003: Secretaría Electoral del Ministerio del Interior de la República Argentina.
- Informaciones y textos producidos por las asambleas, disponibles en sus páginas web y en sitios de agrupaciones de izquierda.
- Resoluciones de la Asamblea Interbarrial de Parque Centenario, en <http://www.po.org.ar/asambleas>.